3 1761 08831810 0

UNIVERSITY
OF
TORONTO
LIBRARY

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/silenciodemuerte00eche

SILENCIO DE MUERTE

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la galería lírico-dramática titulada EL TEATRO, de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LS
E184s

SILENCIO DE MUERTE

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSÉ ECHEGARAY

Representado por primera vez en el TEATRO ESPAÑOL de Madrid
el 9 de Diciembre de 1898

66168
22/8/65

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20
Teléfono número 551

1899

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ANGUSTIAS	Sra. Guerrero.
DOÑA MERCEDES	Srta. Cancio.
INÉS	Suárez.
PURA	Sra. Martínez.
JULIA	Srta. Bueno.
RAIMUNDO	Sr. Díaz de Mendoza (F.)
GENARO	Díaz de Mendoza (M.)
ORELLANA	Cibera.
GENERAL	Mario.
DON RODRIGO	Carsí.
CRIADO	Montenegro.

ACTO PRIMERO

Salón de recibir, no muy grande. Lujoso. Es de noche. Alumbrado espléndido

ESCENA PRIMERA

DON LUIS ORELLANA. DON GENARO MANRESA; este último entra por el fondo

OREL. (En una butaca.) ¿Abandonó usted la mesa?

GEN. Después de una buena comida, un buen habano. (Encendiendo un puro.)

OREL. La comida ha sido excelente; lo supremo del arte.

GEN. La familia de Monterroso y Olmedo tuvo fama hace años por sus festines y banquetes, y doña Mercedes de Olmedo, quiso probarnos hoy que no ha degenerado la raza.

OREL. ¿Qué raza no degenera? ¿Qué gloria resiste al tiempo? ¿Qué roca no se desgasta?

GEN. ¡Por Dios, don Luis! No diga usted eso de los Monterrosos y Olmedos. ¡Degenerar! Después del banquete que nos ha dado doña Mercedes... es ingratitud. Después de contemplar á Angustias... es injusticia.

OREL. Me declaro ingrato y me declaro injusto. Tiene usted razón, Genaro. Angustias es divina...

GEN. ¡Divina!...

OREL. (Con cierto misterio.) Pero Angustias es el últi-

timo vástago *de una estirpe infeliz*, como se canta en la *Lucía*.

GEN. ¡Ah! usted recuerda... (Con cierta extrañeza.)

OREL. Una historia triste; mejor dicho, una historia trágica... vagamente la recuerdo...

GEN. Pero Angustias no tomó parte en ese drama sombrío, no; sobre esto no tenga usted la menor duda. (Con interés.)

OREL. Si es que yo no sé quién es Angustias. (Riendo.)

GEN. Hombre de Dios, ¿ahora salimos con eso? No sabe usted quién es Angustias y visita usted su casa y le convida á usted á su mesa, y se ha extasiado usted ante su hermosura. (Riendo.)

OREL. ¿Y qué? Es que nadie sabe quien es nadie. En esta vida moderna se camina al vapor y todos somos compañeros de viaje; todos nos tratamos como amigos, y la verdad es que no nos conocemos: éste se queda en una estación; aquél en otra... y, «adiós, compañero; hasta nunca».

GEN. Y usted dijo al sentarse á la mesa...

OREL. *Parada y fonda; treinta minutos.* (Riendo los dos.)

GEN. ¿Pero de veras no sabe usted quién es Angustias?

OREL. De veras. Supongo que no será la hija de don Miguel Monterroso...

GEN. ¡Qué disparate! (Con interés y con empeño.)

OREL. Ya decía yo. Porque aquella joven desdichada... no la llamaremos más que desdichada... á la muerte de su padre... entró en un convento, ¿no fué así?

GEN. Así fué: ella y su madre entraron en un convento y después se dijo que su madre había muerto.

OREL. Pero ella...

GEN. No sé. Quizá profesaría. De ella no se habló más.

OREL. Y eso fué ganando la pobre criatura; para el remordimiento, el claustro.

GEN. Además, la hija de Monterroso se llamaba Gloria...

OREL. Es verdad... sí, Gloria.

GEN. ¿La conoció usted?

OREL. No: dicen que era muy hermosa. *¡Ay infeliz de la que nace hermosa!*, como dice el poeta. ¿Y usted la conoció?

GEN. Tampoco.

OREL. Perfectamente. Pero todavía no sé quien es Angustias. (Tendiéndose mas en la butaca.)

GEN. Es usted un hombre singular. Pero entonces, ¿por qué viene usted á esta casa. (Riendo.)

OREL. Porque dan bien de comer. No crea usted que por motivos más elevados va mucha gente á muchas casas. Conque, ¿quién es?

GEN. Angustias es hija de otro Monterroso, de un hermano de don Miguel que siempre vivió en Méjico. Quedó huérfana...

OREL. Y pobre.

GEN. No: es inmensamente rica; grandes propiedades, minas de plata .. (Entusiasmado.) minas de oro... millones... muchos millones... una fortuna fabulosa... (Conteniéndose.) Es decir, eso se dice: yo... ni lo sé ni me interesa. Ello es que quedó huérfana, y aunque no es niña y no necesita que nadie la proteja... como al cabo es soltera...

OREL. Y es muy rica y es muy hermosa, buscó la protección de doña Mercedes; el amparo de una señora de respeto y la honrada sombra de un árbol venerable. Ahí tiene usted; á doña Mercedes sí que la he conocido en otro tiempo.

GEN. ¡Gracias á Dios que conoce usted á alguien! Y á mí, ¿me conoce usted? (En tono de burla.)

OREL. ¿A usted?... ¿A usted?... A usted no es fácil conocerle. Puede usted ser joven, puede usted ser viejo; puede usted ser bueno, puede usted ser malo... pero de todas maneras, es usted simpático.

GEN. Muchas gracias. Pero, ¿á que no sabe usted cómo me llamo?

OREL. ¡No tanto, no tan olvidadizo, amigo Manresa!

GEN. El apellido... corriente; pero el nombre, el nombre de pila.

OREL. El nombre de pila... ¡Demonio, pues no me acuerdo! Se llama usted... ¿Cómo diablos se llama usted, amigo Genaro?

GEN. ¿Cómo se llamará Genaro? A ver... discurra usted.

OREL. ¡Es verdad!... ¡Qué ocurrencia! (Mirando hacia el foro.) Aquí vienen Pura y su esposo.

GEN. ¡Su esposo!... ¡Qué don Luis de mis pecados! ¡No diga usted eso, por Dios santo! Si le oyen á usted, buena la hicimos!

OREL. ¿Pero aquel caballero no es su esposo? Por tal le tuve siempre.

GEN. Usted vive en Babia. Es el amigo íntimo de la casa nada más, y no es poco.

OREL. ¡Ya! Pues siempre los vi juntos á Pura y á él.

GEN. La amistad atrae mucho, y Pura es muy hermosa, y el lujo hace resaltar su hermosura. Pero la casa anda mal de intereses, y don Rodrigo es muy rico.

OREL. ¿Y el marido?

GEN. En casa, muy enfermo. Nunca sale.

OREL. Pues si usted no me lo advierte...

GEN. Comete usted una imprudencia, lo creo.

OREL. ¡Qué distracciones las mías!

GEN. Y que Pura es de una severidad de principios... de una intransigencia en lo tocante á la moral... (Riendo.) y Rodrigo mucho más. (Avanzan don Rodrigo y doña Pura.)

ESCENA II

ORELLANA, DON GENARO, DOÑA PURA, DON RODRIGO. Don Rodrigo la trae del brazo. Ella se separa y se sienta

PURA Mil gracias, amigo mío. (A Rodrigo.)

GEN. ¿Vienen ustedes huyendo del calor?

PURA Del calor y de la conversación. Me sentía nerviosa...

ROD. Pura es muy nerviosa. Siempre se lo digo al pobre Juan, á su esposo.

PURA Los nervios son contagiosos. Y esta Angustias... ¡Cómo está! ¿Ha reparado usted, Rodrigo?

ROD. Angustias tiene un carácter muy desigual: hoy, tristezas mortales; mañana, alegrías delirantes... Pero es deliciosa, eso sí.

OREL. Deliciosa.

GEN. Angustias vale mucho.

OREL. Sin contar lo que valen sus minas de plata y sus minas de oro.

PURA No diga usted eso, Orellana, no sea usted materialista.

OREL. No, si yo no lo digo; quien lo decía hace poco era Genaro.

GEN. ¡Por Dios!... Usted todo lo equivoca.

ROD. ¡Qué siglo éste!... El becerro de oro en el altar, la concupiscencia en los corazones, un velo negro en las conciencias, el desenfreno en la calle y en casa.

OREL. (Como siguiendo la frase.) Su esposo de usted, Pura... (Conteniéndose.) ¿cómo sigue?

PURA Mejor, hoy está mejor. Desde que el médico le recetó el calmante... duerme mucho.

ROD. Sí, duerme mucho. ¡Pobre Juan! Que duerma... que duerma.

OREL. Eso va ganando.

PURA Aquí viene doña Mercedes.

ESCENA III

DICHOS y DOÑA MERCEDES

MERC. Yo les dejo á los de allá discutir sobre el arte, los teatros, la política y qué sé yo sobre cuántas otras cosas, y vengo á hacerles á ustedes compañía; conque agradézcanmelo. (Sonriendo.)

GEN. Es usted muy amable, doña Mercedes.

MERC. No tanto como usted.

PURA ¿Y Angustias?

MERC. Cuando ustedes la dejaron, estaba alegre; pues ya la dejo triste. ¡La pobre niña mía!

Una sensitiva. Así hace la sensitiva de nuestro jardín: al roce más suave se amedrenta, recoge sus hojitas y queda como muerta; parece que dice: «¡Qué malo es el mundo!» Al primer rayo de sol se dilata de placer, se tiñe de esperanza, y es como si se la oyese: «¡Qué bueno es el cielo!»

OREL. Y qué poética es usted, doña Mercedes.

MERC. Yo no, hijo: ella, mi Angustias; ella si que es poética. Cuando murió su madre, tuve que sacarla casi á la fuerza del convento... del convento en que se educaba. Se abrazaba á las monjas, lloraba y quería profesar. «Quiero morirme aquí. . aquí.» Tuve que recordarle la última voluntad de su padre... y con todo, trabajo me costó, porque tiene un carácter...

PURA Pero usted hace de ella lo que quiere.

MERC. Yo me la llevé á viajar... Hemos recorrido toda la América y toda la Europa... Hace poco la pobre estaba muy contenta, ¿no es verdad?... Pues de pronto se levantó, se fué al piano... y... (Se oye dentro tocar en un piano algo muy triste.) es ella.

PURA Es ella.

GEN. Sí.

OREL. Oigamos. (Pausa, silencio: todos escuchan; no se oye más que el piano á lo lejos. Cesa el piano de pronto.)

MERC. Pues ya le cansó.

ROD. Razón tenía Angustias cuando quería quedarse en el claustro Mal hizo usted en contrariar su vocación, doña Mercedes.

MERC. ¿Y había de enterrarse en vida el ángel mío? En todas partes se puede servir á Dios.

PURA ¡Ay! La paz del alma... Si todos pudiéramos buscar la paz del alma ..

GEN. Hizo usted bien, doña Mercedes. ¡Pobre chica!

OREL. Ya lo creo que hizo bien.

MERC. Aquí la tenemos.

ESCENA IV

DOÑA PURA, DOÑA MERCEDES, DON GENARO, DON RODRIGO, ORELLANA, ANGUSTIAS. Entra por el foro, deshojando una flor y distraída. Cruza la escena sin mirar á nadie. La actriz interpretará esta entrada como crea oportuno

MERC. (En voz baja. Todos la miran.) No repara en nosotros. Hijita, que están aquí estos señores... que está aquí Pura... que estoy yo...

ANG. ¡Ah!... Perdonen ustedes... ¡Qué distraída soy!... (Con alegría fingida.) ¿De qué hablaban ustedes?... Aquellos señores disputan sobre el teatro... y me cansé de Shakespeare y de Calderón.

GEN. ¿Y usted qué opinaba?

ANG. Yo... no sé... no entiendo. No voy nunca al teatro.

ROD. Hace usted bien; créame usted, Angustias, en el teatro no se aprende nada bueno. Es mejor quedarse en casa...

OREL. O ir á casa de los amigos.

ROD. (Mirándole.) Justamente.

PURA Yo no llevo nunca á mi hija, á mi Inesilla, á ningún espectáculo: cuando más al Real, porque allí no entiende nada; de mal al menos. Hay que respetar la inocencia.

OREL. Está probado que todos los que no van al teatro, son inocentes. Pero vamos á ver, Angustias, ¿no le gusta á usted un buen drama?

ANG. Sí me gusta, pero sufro mucho. Para sufrir, la vida... según dicen... Yo todavía... no sé lo que es sufrir. (Riendo.)

GEN. Dice usté bien. Para sufrir, la vida. Y para reir y gozar, el teatro.

ANG. (Animándose.) Tampoco. La risa fingida, la alegría postiza, menos aún. ¡Qué tormento! Que la risa venga á los labios desde el fondo del alma, como empujada por la felicidad, no desde fuera como mascarilla que se nos pega al rostro. ¡Pero qué aturdida soy!

Ya empezaba á hablar de lo que no entiendo: porque yo no entiendo nada de todo eso. Ea, ni una palabra: ya me hundo en el silencio... no me obliguen ustedes á desplegar los labios .. silencio... silencio de muerte. (Se encoge en el sofa y queda inmóvil y silenciosa. Cambio completo, pasa de una gran animación, de una animación febril á una frialdad de hielo.)

MERC. ¡Qué cabeza tienes, hija mia!...

GEN. ¡Qué Angustias ésta!...

OREL. ¡Encantadora!... ¡Y qué movilidad de sentimientos! A su lado no hay manera de aburrirse. Hable usted.

ANG. No.

PURA Vamos, Angustias ..

ANG. No. (Se levanta y se va lejos y se deja caer en una butaca.)

ROD. Déjenla... déjenla ustedes... se excita mucho; toda excitación es peligrosa. (En voz baja.)

MERC. Cuando empieza así, concluye llorando. (Lo mismo.)

GEN. Hablemos de cosas indiferentes. (Lo mismo,)

OREL. ¿A que no saben ustedes á quién me he encontrado hoy?

ROD. No es fácil saberlo si usted no lo dice.

OREL. A un amigo de todos nosotros.

MERC. ¿A quién?

OREL. A Raimundo Moncada. (Movimiento de Angustias.)

MERC. (Con alegria.) ¿Ha vuelto?

OREL. Ha vuelto de sus viajes, sí señora. (Angustias atiende con ansiedad.)

MERC. Si le conocemos mucho: nuestro compañero de viaje fué en Suiza. ¡Cuántas expediciones hicimos juntos!... ¡Muy simpático, muy caballero!... ¡Cómo se alegrará Angustias!... (Preparándose para ir á buscarla.)

GEN. Déjela usted tranquila.

ROD. Resulta, pues, que todos son amigos de Raimundo.

OREL. Pero el más amigo, el que más le conoce... es Genaro.

GEN. ¡Ya lo creo!... Desde la niñez nos conoce-

mos. Compañeros de escuela, compañeros de carrera... hace diez años se fué á París y le perdí de vista: hace dos volvió á Madrid... despues nos separamos de nuevo.

MERC. Es muy bueno, ¿verdad?

GEN. Sí... lo es... pero un carácter muy exaltado... ¡Cuántos rasgos singularísimos podría yo contar de su carácter!...

ANG. (De pronto.) Pues ea: me canso de estar callada. Parece que á modo de niña traviesa me tienen ustedes castigada en este rincón. Basta de castigo, ¡castigo!... Castigo, ¿por qué? ¡No lo merezco, no lo merezco! (Con exaltación.) Pura, vámonos un rato al salón de arriba. Y usted también viene con nos otros, Genaro. (Ha conocido á Raimundo: quiero que me hable de Raimundo.)

GEN. Yo tenía que decir algo muy interesante á doña Mercedes.

MERC. Luego iré.

ANG. ¿Vamos?... Usted conoce todas las plantas. Verá usted una; un nopal. Tiene unas púas como puñalitos. Cuando estoy triste me entretengo, no lo creerán ustedes... en pincharme los dedos... hasta que salen gotitas de sangre...

PURA ¡Qué locura! (Todos rien.)

ANG. ¡Qué locura!... Vamos... vamos. (Sale riendo.)

ESCENA V

DOÑA MERCEDES, DON RODRIGO y ORELLANA

ROD. Cuide usted mucho á esa niña. ¡Da miedo! ¡Qué imaginación! ¡Qué exaltación continua! Mal hizo usted en sacarla del convento.

MERC. ¿Quiere usted callar? ¡Pobre criatura, se hubiera muerto!

ROD. ¡Quién sabe!

OREL. Con esa imaginación que usted dice, hubiera caído en exaltaciones místicas... yo creo que hasta hubiera llevado cilicio.

ROD. Las púas del cilicio valen más que las púas de un nopal.

OREL. Pues si tan sano es el cilicio, ¿por qué no lo lleva usted?

ROD. ¿Y usted qué sabe? ¿Qué sabe usted si lo llevo?

OREL. Como el cilicio no sea doña...

ROD. ¿Qué?...

OREL. Nada .. nada... si no digo nada... (¡Ave María Purísima, lo que iba á decir!)

ROD. (Este tampoco está muy en sus cabales.)

CRIADO Don Raimundo Moncada.

MERC. Raimundo, ¡qué alegría! (Adelantándose.)

ESCENA VI

DOÑA MERCEDES, DON RODRIGO, ORELLANA y RAIMUNDO

MERC. Raimundo...

RAIM. Señora...

MERC. Ha cumplido usted su palabra.

RAIM. Yo... siempre.

MERC. Pero tarde. Hace un mes que le esperamos.

RAIM. No he podido antes.

MERC. Pero no ha venido usted en seguida.

RAIM. Llegué esta mañana.

MERC. Pero antes que á nosotros ha visto usted á otros amigos. (Señalando á Orellana.)

RAIM. Querido Luis... Señor mío... (Saludando fríamente á Rodrigo.)

ROD. Amigo Moncada, tanto gusto... Desde el año pasado, en Londres, no nos habíamos visto.

RAIM. Es verdad... ¿y Angustias? (A Mercedes.)

MERC. Esperándole á usted todos los días.

RAIM. ¿De veras? ¡Qué buena es usted, doña Mercedes!

MERC. ¿Por qué?

RAIM. Qué sé yo... porque es usted muy buena. Y yo un amigo de corazón. ¿Y Angustias? Hábleme usted de Angustias.

MERC. Angustias, perfectamente. Tan alegre .. tan contenta...

RAIM. ¡Alegre! (Pesaroso.) ¿Todo este tiempo ha estado alegre?

MERC. A ratos. A ratos alegre y á veces triste. Ya sabe usted lo que es ella. Por cualquier cosa cambia. Una carta que se recibe la pone alegre; una carta que no llega la deja triste!

RAIM. ¿Y han recibido ustedes todas mis cartas?

MERC. Yo creo que sí. (Riendo.)

RAIM. ¿Pero no viene Angustias? ¿No puedo verla? (Doña Mercedes, que voy á decir que es usted muy mala.)

MERC. Yo misma voy á darle la noticia... Pero con ciertas precauciones; poco á poco: esta noche está excitadísima... y después de seis meses de ausencia ver á tan buen amigo... es para que sus nervios digan: «¡Aquí estamos!» (En voz baja.) (Aquí estamos nosotros, que aquí está él.)

RAIM. ¡Pues vaya usted, por Dios!... Perdone usted, Mercedes.

MERC. Ya voy... ya voy... Le dejo á usted en buena compañía. Hasta muy pronto.

RAIM. No tan pronto como yo quisiera.

MERC. Rodrigo, aconséjele... Este es de los que tienen la cabeza... Adiós... adiós ¡Pobre chico! (Sale.)

ESCENA VII

RAIMUNDO, ORELLANA y DON RODRIGO

ROD. ¿Cómo dice doña Mercedes que tiene usted la cabeza?

RAIM. No sé.

ROD. Yo sí.

RAIM. ¿Pues cómo?

ROD. Pues como toda la juventud de estos tiempos lastimosos en que vivimos.

RAIM. Ya no soy joven; de modo que eso de la juventud no va conmigo.

ROD. Pues como todo el mundo: jóvenes y viejos. ¡Perturbada!

RAIM. ¿De veras?

ROD. Nos falta algo: buscamos algo. No hay paz, no hay calma, no hay reposo. Por eso corremos, por esos viajamos, por eso es el siglo del vapor: la humanidad que persigue fantasmas y que no los alcanza nunca.

RAIM. Puede que tenga usted razón.

OREL. Y por eso Raimundo se pasa la vida viajando. En cambio usted, amigo Rodrigo, como encontró lo que buscaba, se está usted quietecito.

ROD. ¿Qué encontré yo?

OREL. ¡La paz del alma!

ROD. Puede ser que tenga usted razón.

RAIM. Pero Angustias no viene. (Impaciente y sin saber dominarse.)

ROD. Ya vendrá. Tenga usted calma. Ella es como usted: también busca algo que no encuentra... también se agita; también viaja y hace recorrer á doña Mercedes las cinco partes del mundo; el Africa inclusive. ¡Qué delirio!

OREL. ¿Quién sabe? Acaso viaja Angustias, no para encontrar algo, si no para olvidar mucho.

RAIM. No comprendo.

OREL. Hubo desastres en su familia... en personas muy allegadas á Angustias... que debieron afectarla profundamente.

RAIM. ¿Desgracias de familia?

OREL. Precisamente.

ROD. Señor de Orellana, no puede usted saber nada sin contarlo en seguida. ¿Qué necesidad tenía usted de enterar á Raimundo de que en la familia de Angustias hubo escándalos horribles, infamias vergonzosas?

OREL. Poco á poco, Rodrigo. Yo hablé de desgracias; usted es el que habla de infamias, de escándalos, de dramas sangrientos...

ROD. Poco á poco, señor mío. Usted empezó, yo procuré atajarle.

RAIM. ¿Pero cuándo ha sido eso?

OREL. Hace mucho tiempo: ocho años cuando menos: ya pasó.

RAIM. Pero ¿qué historia es esa? ¡Cuenten ustedes, por Dios!

ROD. ¿Lo ve usted, amigo Orellana, lo ve usted? Ya despertó usted la curiosidad de Raimundo...

RAIM. No es curiosidad, señor mío. Se trata de algo que puede... ó que ha podido turbar la felicidad de Angustias... y me interesa... Hablen... cuenten... acaben. (Excitadísimo.)

ROD. ¿Lo ve usted? Ahora, ¿cómo se le calma?

OREL. Le da usted el calmante que toma el esposo de Pura.

ROD. ¡Eh! (Que extravagancias tiene este hombre.)

RAIM. ¿Pero acabarán ustedes? (A Orellana.)

ROD. Obliga usted á decirlo todo. En dos palabras: por una cuestión que afectaba á su honor, D. Miguel Monterroso, bravo militar, murió en un desafío. Su hija, su desventurada hija Gloria, tuvo que ocultar entre las sombras del claustro su vergüenza y su remordimiento. La pobre madre, la noble viuda, al claustro acompañó á su hija: en Madrid un escándalo que nadie ha olvidado todavía; en la familia de los Monterrosos y Olmedos una mancha; en la pobre Angustias... un mal ejemplo y una tristeza incurable. Me parece que no he podido contar la triste historia con más atenuaciones... ni con más discreción. Usted lo ha querido. (A Orellana.)

OREL. Yo lo quise... (y él lo aprovechó.)

RAIM. ¡Pobre Angustias! Ahora me explico su acrácter, su tristeza. ¡Pobre Angustias!

ROD. Olvide usted la historia lastimosísima. Estas cosas se olvidan.

OREL. Y no se cuentan para que no corran.

ROD. ¡Más que han corrido!

RAIM. Pero, en fin. . Angustias nada tiene que ver con todo eso.

ROD. Con su permiso de usted, amigo Raimundo, voy á buscar á Pura, porque es hora de retirarnos. (Voz baja á Raimundo.) Me ha molestado

mucho la imprudencia y la ligereza de este Orellana.

RAIM. Adiós, amigo mío. Póngame usted á los pies de Pura.

ROD. Sí señor... Adiós, señor de Orellana. (Sale.)

OREL. Beso á usted la mano.

ESCENA VIII

RAIMUNDO y ORELLANA

OREL. Este hombre no es bueno: un hipócrita refinadísimo. De esos seres que me gustaría que se convirtiesen en sabandijas para aplastarlos.

RAIM. No me es simpático. Por fortuna no todos son así. Hay buenos amigos y hombres leales. (Dándole la mano.)

OREL. Gracias, Raimundo. Me precio de buen amigo y de leal, y cuando no me distraigo... de discreto también. Lo cual quiere decir que Angustias viene y que yo me voy.

RAIM. ¿Por qué causa?

OREL. Porque quiero dar prueba insigne de discreción. Porque no quiero ser importuno. Porque yo me entiendo... y usted también. (Riendo.)

RAIM. ¡Por Dios, Orellana!

OREL. No sea usted más hipócrita que Rodrigo: si está usted deseando que me marche...

RAIM. ¡Yo!...

OREL. No hay cosa más inoportuna que un terceto cuando se espera un dúo. Hasta mañana. Y sin despedirme de nadie. Despídame usted de esas señoras. Adiós. (Sale.)

RAIM. ¡Adiós! (¡Qué simpático!)

ESCENA IX

RAIMUNDO y ANGUSTIAS

RAIM. ¡Ella! ¡Mi Angustias! Por fin...

ANG. ¡Raimundo!...

RAIM. ¡Angustias!...

ANG. ¡Tanto tiempo esperándole! ¡Tantas cosas que decirle... y no me acuerdo de nada! ¡Qué amiga tiene usted, Raimundo, tan insustancial!

RAIM. De todo eso que usted me dice sólo comprendo una cosa: *que me esperaba usted.* ¿Es verdad eso?

ANG. ¿Le he mentido alguna vez?

RAIM. Nunca.

ANG. Pues ahora tampoco.

RAIM. ¿Y me esperaba usted con ansia?

ANG. Muy grande.

RAIM. ¿Y con deseo de que llegase?

ANG. Muy grande también.

RAIM. Soy muy feliz, Angustias.

ANG. Yo no.

RAIM. Hasta aquí hemos venido juntos; pero aquí nos separamos.

ANG. ¿Por qué? (Con ansia.)

RAIM. Porque usted lo ha querido Yo era muy feliz, hace un momento: usted dice que no lo es, luego estamos separados. Pues ni aun así: yo tampoco soy feliz, juntos otra vez, pero tristes.

ANG. No, triste, no. ¡Alegría, mucha alegría! ¡Tener junto á mí á tan buen amigo!

RAIM. Esa palabra no me gusta, sabe usted que no me gusta. ¡Amigo! ¡su amigo yo! ¡No finja usted! ¡No me atormente usted!

ANG. No. Yo no finjo. No quiero atormentarle. Tendré otros defectos; pero no sé fingir. La verdad siempre.

RAIM. A buscarla vengo. ¿Se acuerda usted de nuestra separación? ¿De lo que yo le dije? ¿De la palabra que usted me dió?

ANG. Sí. (Se separa y se deja caer en el sofá.)

RAIM. Pues ha llegado el momento de que cumpla usted su palabra.

ANG. Sí: ha llegado.

RAIM. ¡Aquella tarde! la última de nuestra expedición á los Alpes, yo me acerqué á usted mucho más que ahora; ahora parece que huye usted, entonces no huía. Me acerqué mucho y le dije á usted en voz muy baja... ¿se acuerda usted?

ANG. Me acuerdo.

RAIM. ¿Pues qué le dije? (Pausa.) ¿Le repugna á usted repetirlo?

ANG. No. Que me quería usted con toda su alma. ¿No fué esto?

RAIM. Sí.

ANG. Ya ve usted que tengo buena memoria.

RAIM. No tan buena, porque agregué algo.

ANG. Ya lo sé. Agregó usted: «¿Y usted, Angustias, me quiere usted también?»

RAIM. Pero usted no contestó.

ANG. No podía.

RAIM. ¿Por qué no? Era usted libre, yo también. Era usted dueña de sí misma. Doña Mercedes nos alentaba. Todo nos unía. ¿Por qué? ¿Por qué no quiso usted contestar y no me contesta ahora? «Cuando nos veamos en Madrid, dijo usted, lo juro; entonces contestaré.» Pues cumpla usted su palabra. Ya estamos juntos, y pregunto otra vez y otra vez calla usted. ¡Angustias, Angustias, tenga usted compasión de mí! ¡Mire usted que la quiero de veras, todo lo que se puede querer; más que yo, nadie! ¡Ni yo mismo, ya ve usted, ni yo mismo puedo quererla más!

ANG. Raimundo, Raimundo, me hace usted sufrir mucho.

RAIM. ¿Por qué? ¿La molesto?

ANG. ¡Molestar! ¡Qué palabra! ¡Molestar usted como molesta cualquiera! ¡No es eso! ¡No me molesta usted: me tortura, me enloquece, me mata! ¡Me mata usted, Raimundo! (Con arranque.) Porque para mí, para mí usted,

Raimundo, lo es todo. ¿Lo dije? ¿Contesté? ¿Cumplí mi palabra? Pues ya lo sabe usted todo, todo. ¡Dios mío, Dios mío! (Oculta el rostro llorando.) Me pedía usted compasión; ¡yo sí que le pido á usted compasión!

RAIM. ¡Dios mío, si parece mentira; si lo he oído y no lo creo! Siga usted, Angustias. Llore usted, pida usted compasión. ¡Qué dicha tan grande! Que yo soy todo para ella. Lo ha dicho: ¡ella, ella, Angustias! ¡Qué felices somos!

ANG. Lo que dije antes.. usted sí... yo no. Pero aguarde usted, que tampoco lo será usted.

RAIM. ¿Por qué? ¿usted me quiere?

ANG. Sí.

RAIM. ¿Con toda su alma?

ANG. Sí

RAIM. ¿Más que nada, más que á nadie?

ANG. Sí. . sí... ¿no digo que sí?

RAIM. ¿Pues qué más quiero? Aunque usted diga que no soy feliz, ya lo creo que soy feliz; llegué al cielo, estoy en él. Del cielo ya no se sale.

ANG. Si le basta para su felicidad tener la seguridad de mi cariño, entonces puede usted ser feliz toda la vida.

RAIM. ¡Angustias!

ANG. Pero escuche usted, Raimundo. Yo le he confesado sin escrúpulos, sin vacilaciones, con todo el corazón, con la voluntad entera, mi cariño.

RAIM. Y mañana le pido su mano de usted á doña Mercedes: á ella su mano de usted, á usted toda su alma.

ANG. Y ella la concederá gozosa.

RAIM. ¿Y usted?

ANG. Yo... yo diré .. y será mi sentencia de muerte: «imposible, imposible; no me vea usted más, huya usted de mí »

RAIM. ¿Por qué? ¿Por qué esa sentencia cruel? Para usted no sé: para mí de muerte; ¿porqué? (Con vehemencia.)

ANG. Porque es preciso; porque el deber lo exige; porque Dios lo manda.

RAIM. La razón, el motivo, la explicación de eso que usted dice es lo que pido.

ANG. Yo no puedo ser su esposa.

RAIM. ¿No es usted libre como yo?

ANG. Sí.

RAIM. ¿No es usted pura como los ángeles?

ANG. ¡Sí, lo soy! ¡Soy orgullosa!

RAIM. ¿No confiesa usted que me quiere?

ANG. Sí, lo confieso sin miedo y sin reparo.

RAIM. ¿Pues entonces?

ANG. Con todo eso, no puedo ser de usted. Créame usted. (Con desesperación.) ¿Imagina usted que nadie se desgarra el corazón por el gusto de desgarrarlo? ¿Imagina usted que nadie abandona la vida, llena de luz, de alegría y de amor para acurrucarse en la fosa, llena de sombra, de tristeza y de olvido? ¿He de ser tan insensata? ¡Pues por algo será, Raimundo, por algo será! (Pausa. Se miran.)

RAIM. Ya lo sé... ya lo sé... ¡Ah, Angustias, mi pobre Angustias! ¡Qué niña! (Sonriendo, casi alegre.) ¡Qué escrúpulos! ¡Qué falta de confianza en mí!... ¿Pero cómo imagina usted que yo la quiero? ¿Como los demás hombres? ¿Acaso como esclavo de los convencionalismos sociales? ¡Pobre criatura!

ANG. (Asombrada.) Pero, ¿qué dice usted?... ¿Qué dice usted?... ¿Qué dice este hombre?

RAIM. ¿Qué digo? ¡Si lo sé todo!

ANG. ¿Todo?... ¿Que lo sabe usted todo?...

RAIM. ¡Sí... sí... todo! ¡Una desdicha de familia!... ¡Un drama sangriento!...

ANG. (Retrocediendo.) ¡Ah!...

RAIM. Una mancha sobre su nombre de usted...

ANG. ¡Virgen Santísima!

RAIM. ¡Una tristísima historia de deshonra y muerte!...

ANG. ¡Dios mío! (Retrocede. Mirándole con espanto.)

RAIM. Una pobre criatura, que se llamaba... A ver si me acuerdo...

ANG. ¿Sí?... A ver...

RAIM. Sí... que se llamaba Gloria Monterroso...

ANG. ¡Jesús!

RAIM. ¿Y qué me importa todo eso, ni qué tiene usted que ver con todo eso?... ¿Infamias en su familia?... ¿Y qué? No de entre esas deshonras lejanas, que para usted no son deshonras; sombras de un borrón que pasa sobre las blancas alas de un ángel; del lodazal, del cieno, que aunque en él estuviera usted no podría tocarle, saco yo á mi Angustias, y en el fuego de mis besos abraso miserias, y en la pureza de mi amor blanqueo el armiño... ¡Así... así la quiero yo á usted!... ¿Me comprende usted ahora?... ¡Pues así... así... así!...

ANG. Sí... sí .. le comprendo á usted, y me hace usted vacilar, porque me vuelve usted loca...

RAIM. ¡Vacilar, no; ceder!

ANG. ¡Ay, ay! ¡Dios mío, que las fuerzas se acaban y la pasión vence!... ¡Y no debe ser... no debe ser!...

RAIM. ¿Por qué no? ¡Conteste, resuelva, Angustias!

ANG. ¡No; otro plazo, Raimundo! ¡Piedad!... ¡Por el amor que le tengo! ¡Se lo pido por lo más grande que hay para mí en este mundo!...

RAIM. Pues mañana.

ANG. Sí, mañana... lo juro. ¡Silencio!

ESCENA X

ANGUSTIAS, RAIMUNDO, DOÑA MERCEDES

MERC. Ya se fueron todos.

RAIM. Y yo también. Hasta mañana. Angustias... su promesa.

ANG. La cumpliré. (Raimundo saluda á Mercedes y se retira.) ¡Mercedes, Mercedes... le quiero mucho!... ¡No puedo más!...

MERC. ¡Gloria! ¡Hija mía!...

ANG. ¡No puedo más! ¡Ni tengo fuerzas, ni energía, ni valor!... ¡Qué cobardía, qué infamia!... ¡No, infamia, no! ¡Dilo tú, Dios mío, dilo tú si es una infamia! ¡No! ¡No lo es! ¡No lo es!

TELON

ACTO SEGUNDO

Sala no muy grande en el palacio del Marqués de Peña Negra; tres puertas en el fondo; se ve una antesala, supónese que la casa es muy grande y que los salones principales estan lejos. Mucho lujo, pero severo, de casa antigua. Es noche de recepción. Iluminación espléndida. Al empezar el acto ruído de conversación en los salones, que se apacigua al cerrar las dos hojas de las puertas, y a su debido tiempo vuelve á sonar.

ESCENA PRIMERA

El GENERAL (Marqués de Peña Negra); muy viejo, cerca de noventa años, encorvado, conserva el pelo, pero muy blanco, aspecto venerable, entre aristócrata y militar. Ya no está muy segura su cabeza: viste de etiqueta. Aparece sentado, mira á todas partes, se levanta y cierra las dos puertas, pero se le olvida cerrar la tercera. Vuelve á sentarse muy satisfecho

GENER. Así.. todo muy cerradito, haber si me dejan tranquilo... Allá lejos... en los salones, que bailen... que rían... que murmuren... ¿Eh? ¿Qué es eso? ¡Poco á poco! (Como si se incomodase con alguien.) Se guardarían muy bien... mi casa es una casa de respeto; aquí no se murmura, ni hay para qué murmurar de la gente que yo invito. ¡Hola, hola! Aquí no vienen más que personas dignas... y si metieran menos ruido... aun serían más dignas. En mi tiempo no éramos tan bullangueros; todavía se los oye... (Inquieto se tapa los oídos; hay algo en él de niño.) Ya no estoy á gusto más

que en la iglesia... ¡Qué silencio... qué recogimiento .. qué calma... cuando más el órgano... qué hermosura! Voces graves... deben ser los profetas... voces purísimas; parecen de ángeles. Pero esos demonios de allá dentro tienen unas vocecillas de gatos rabiosos que taladran los oídos. Se acabó; este año no doy más recepciones; que se vayan á la novena con vestiditos negros y manto y que no vengan á llenarme la casa de algazara y vestidos chillones, que le saltan á uno á los ojos con sus colorines. Y no hablo más que de los vestidos; no hablo de los desnudos. ¡Ave María Purísima!... Ave María... eso es: mañana *la salve.* Porque antes de ayer fué doce... vigilia; no, la vigilia fué ayer... no, ha sido hoy: por eso siento tanta debilidad... si me dejaran dormir un poquito...

ESCENA II

EL GENERAL, RAIMUNDO, ORELLANA

OREL. ¡Señor Marqués!

RAIM ¡Mi General!

GENER. ¡Eh! ¿Quién anda ahí? ¡Ah, señores! (Levantándose con dificultad.)

RAIM. Por Dios no se levante usted, y si le molestamos... (Haciendo ademán de retirarse.)

OREL. No queríamos más que saludarle á usted.

RAIM. Era un deber.

GENER. No me molestan... de ningún modo... me molestan más las vocecillas de las jovenes... es decir... no me molestan, pobrecillas, si ellas no tienen otra voz... ¡qué le hemos de hacer! Por eso, cuando estoy más á gusto en casa, es cuando mis hijas y mis nietas están acatarradas... y muy roncas... ¡muy roncas! ¿Eh? Entonces hablan bajito... ¡qué monada! quieren gritar y no pueden, ¡qué monada!

RAIM. Siempre de tan buen humor, señor Marqués.

OREL. Y tan firme.

GENER. Firme, sí; fuí militar y lo primero que aprendí fué á estar firme: no se me olvidó, señor... señor... ¿cómo?

OREL. Orellana.

GENER. Sí... eso quería decir, Orellana, sino que mi vista ha caído mucho: esa sí que no está firme; y me cuesta conocer á las personas; me cuesta un sentido, el que no tengo, el de la vista... Ahora mismo estoy queriendo conocer á este caballero... ¿Eh? Pues me cuesta trabajo.

RAIM. Raimundo Moncada.

GENER. ¡Es verdad! Raimundo; ¡pues si te conocí chiquito; pues si yo le decía á tu padre: Raimundo, «Raimundo ya va suelto por el mundo» Le decía eso cuando te emancipaste y te dió por viajar. Mucho quise á tu buen padre; á mis órdenes sirvió en la guerra de los siete años. ¡Buen soldado y buena persona! ¡Mucho, mucho! Pues por mí no se molesten ustedes; más á gusto que acompañando á un viejo estarían... ¿eh? Ya irá viniendo gente. Se irán llenando los salones y llegarán hasta aquí, y yo entonces en retirada á otro gabinete; una retirada, siendo buena, vale casi una victoria.

RAIM. Señor marqués, con su permiso.

GENER. No, no lo dije para echarles... no estoy tan viejo que me olvide de ciertos respetos... siéntense, siéntense.

OREL. Sin embargo...

GENER. Yo se lo ruego. ¿Conque qué gente hay? Cuenten, cuenten.

OREL. Con nosotros entraron Pura y su hija Inés.

GENER. ¡Ah, sí, Pura, toda una señora; esa sí que es una señora. ¿Vino con su esposo?

OREL. No, señor; el pobre don Juan está muy enfermo; está postrado.

GENER. Sí, sí, ya me acuerdo. Pues no tiene mi edad. ¡Pobre Pura! Y ella siempre cuidándolo, ¿verdad?

OREL. Sí, señor, siempre.

GENER. Ya lo creo; ¡qué buena! Fué novia de uno de mis ayudantes; el ayudante Alvarez, un buen mozo, y se puso muy malo el pobre chico. Pura lloraba como una Magdalena porque en su casa no le dejaban ir á cuidarle... á cuidar á mi ayudante... ¿eh? ¿Han visto ustedes? Siempre tuvo muy buen corazón. Pero es una señora. ¡Ya lo creo!

ESCENA III

El GENERAL, RAIMUNDO, ORELLANA, PURA, INES entre niña y joven, casi de largo.

PURA Ven, Ines; nos han dicho que el General debe estar en uno de estos gabinetes. Tenemos que saludarle.

GENER. ¿Quiénes son? La voz la conozco, pero no sé quiénes son.

RAIM. Pura y su hija.

PURA General. Mi general...

GENER. Pura; mi querida amiga.

PURA Mi hija Inés.

GENER. Muy mona... ven, hija mía, ven. ¿No quieres venir conmigo?

INÉS Sí señor. (La sienta junto á sí.)

GENER. ¿Y qué tal? ¿Qué tal sigue Alvarez?

PURA ¿Qué Alvarez?

RAIM. (A Orellana.) Pregunta por su ayudante Alvarez. (Rien todos.)

GENER. Pues, Alvarez. ¡Ah, no! Ustedes tienen la culpa. Yo sé lo que me digo, pero no digo lo que quisiera decir. Vamos, vamos. (¿Se rien aquellos?)

INÉS No, señor.

GENER. Bueno; pues quería preguntarle á usted cómo sigue su esposo. ¿Cómo sigue papá, Inesita?

INÉS No sigue bien. (Tristemente.)

PURA Sin embargo, esta noche se sentía mejor;

por eso hemos venido. Quedaba el pobre dormidito. Y tenía tanto afán Inés...

GENER. ¿Conque tú querías venir?

INÉS No, señor; yo mejor me hubiera quedado cuidándole; pero mamá me mandó venir.

PURA Inés es tan considerada la pobrecilla, que por mucho que desee una cosa dice que no.

GENER. Así, hija mía, así. ¿Y quién les ha acompañado á ustedes? ¿Eh? ¿Habéis venido solas? (Pura se hace la distraída hablando con Raimundo y Orellana.)

INÉS No, señor.

GENER. ¿Pues quién os ha acompañado? (Inés se queda silenciosa.) ¿Eh? ¿Qué dices? ¿Es que te da miedo hablar conmigo?

INÉS No, señor. Usted es muy bueno. (Con arranque de confianza infantil.)

GENER. ¡Qué monísima! Dice que soy bueno. ¿Quieres darme un beso?

INÉS Sí, señor. (Le besa la mano.)

GENER. ¿Conque quién vino con vosotras?

PURA Rodrigo le encargó á Juan que nos acompañase.

GENER. Rodrigo. ¡Ah! todo un caballero, sí señor. ¿Ustedes le conocen?

OREL. Mucho.

GENER. Todo un caballero. Ideas muy rectas. Dice que la sociedad está perdida, y cuando él lo dice, ¿eh?

OREL. Cuando él lo dice sabido lo tendrá.

GENER. ¡Oh! Ya lo creo. (Pura separa á Inés y la entretiene enseñándole cuadros y chucherías del salón.)

ESCENA IV

GENERAL, PURA, INÉS, RAIMUNDO, DOÑA MERCEDES, ANGUSTIAS y DON RODRIGO; estos tres últimos por el fondo

GENER. Ya viene más gente, me parece que sube la marea. ¡Estos días de recepción son irresistibles! Y todos, en cuanto llegan, derechos á saludarme. ¡Intolerable! No lo digo por

ustedes; usted es, Raimundo, el hijo de mi buen amigo... y usted, ¡ah! usted es... ¡vaya! usted es...

OREL. Orellana.

GENER. Lo iba á decir: Orellana (¿Quién diablos será éste?) ¿No lo dije?.. ya están aquí. (En este momento se presentan.) ¿Quiénes son? (A Raimundo.)

RAIM. Doña Mercedes Monterroso y su sobrina Angustias.

GENER. Monterroso... Monterroso... no recuerdo este nombre... Señora... señorita.

MERC. Mi General...

ANG. Señor Marqués.

GENER. Muy amables... son ustedes muy amables... molestándose en visitar á este pobre retirado... á este inválido.

MERC. Hemos tenido el honor de recibir su invitación.

GENER. Sí... sí. . ya me acuerdo: Monterroso... no era fácil que olvidase este nombre. (Angustias se separa del grupo con pretexto de saludar á Inés, Pura, Raimundo y Orellana.)

MERC. Usted conoció mucho á mis hermanos... á Luis... y á Miguel.

GENER. Eso es, justo... Miguel Monterroso.

MERC. Sobre todo á Luis.

GENER. No, sobre todo á Miguel... era de familia mejicana y muy rico... ¡Ah... yo tengo buena memoria. Ya lo creo... servimos juntos... un bravo, y en materias de honor implacable... Y esa señorita.. ¿dónde está?... ¿No vino con usted su sobrina?.., Me pareció haberla visto.

MERC. Angustias... el Marqués desea hablarte.

ANG. Señor Marqués...

GENER. Venga usted, señorita; no huya usted de los viejos. Venga usted, que estaba yo haciendo elogios de su señor padre... ¡Un heroe!

MERC. No... Luis no era militar...

GENER. Señora, quién habla de Luis; yo hablaba del padre de esta señorita, de la primer lanza del ejército cristino... de Miguel de

Monterroso. (Angustias se inmuta. Esta escena queda encomendada á la actriz.)

MERC. No, señor Marqués; nos explicamos mal.. Angustias es hija de Luis de Monterroso.

GENER. ¿El de Méjico?... Ya. ¡Qué lástima! Yo creía que su padre de usted era mi compañero de glorias y fatigas... bueno; pues hablemos de su tío de usted... del valiente Miguel de Monterroso.

ANG. ¡Ah! Eso sí, todo lo que usted quiera.

GENER. ¿Usted le conoció?,.. Digo, naturalmente le conocería usted.

ANG. Ya ve usted.

GENER. ¿Y le quería usted?

ANG. Con el alma.

GENER. Lo merecía. ¡Pues si yo le contase á usted las hazañas suyas!

ANG. Sí; cuente usted, por favor... ¡quiero oirlas... quiero oirlas!

GENER. Pero, ¿murió su tío de usted?

ANG. Murió.

GENER. Pues era más joven que yo... ¿Llora usted, señorita?

ROD. No lo extrañe usted, Marqués; fué una muerte trágica, un desafío.

GENER. Ah, no me extraña; tuvo muchos; en materias de honor, sangre era su lema. Pero moriría como un bravo... sin pestañear.

INÉS (Ya la han hecho llorar.)

RAIM. Observe usted...

GENER. ¿Eh? ¡Déjeme!... Hay que saber cómo mueren los hombres de corazón, para imitarles. Ustedes no tienen que aprender estas cosas, porque ustedes de cualquier modo que se mueran, bien muertos están... es decir, será una lástima: pero vamos, ustedes, con morir como buenos cristianos, tienen bastante. Pero un militar es otra cosa. Vamos, hija mía, cuénteme, cuénteme...

ROD. ¿Pero usted le vió en sus últimos momentos?...

ANG. Si.

INÉS Que no la hagan llorar más.

PURA Calla, niña.

MERC. Unos días antes habíamos llegado Angustias y yo á pasar una temporada en Madrid. De modo que, en efecto, estábamos presentes en aquel trance tristísimo Pero Angustias se afecta mucho cuando recuerda aquella escena .. y si á ustedes les parece...

GENER. Estos recuerdos, ni deben temerse, ni deben desecharse. La memoria de los seres queridos siempre debe estar viva... Pobre Miguel, pues ya lo creo que quiero saber cómo se portó cuando estuvo cara á cara con la muerte... á ver... A ver... hija mía...

(Todos murmuran en voz baja.)

ANG. Me acuerdo, sí; pero de una manera vaga... Parece un sueño, una pesadilla, El, tendido sobre un sofa... cuando le trajeron, allí le dejaron... El pecho lleno de sangre. La cara muy pálida .. ¡Qué hermosa, qué noble aquella cara; movía los labios; pero no se oía nada... Se esforzaba por abrir los ojos; pero no miraba.. buscaba algo por el espacio. Levantaba el brazo. Daba miedo aquel brazo. ¿Qué quería? ¿Golpear? ¿Bendecir? ¿Maldecir acaso? No sé... los ojos y las manos buscaban lo mismo.

MERC. ¡Angustias!

RAIM. ¡Angustias!

ANG. A sus pies, á sus pies; de rodillas, de rodillas...

MERC. Su esposa llorando.

ANG. Sí, llorando. .

MERC. Y su hija...

ANG. Y yo contra su pecho; nadie tenía valor para acercarse más que yo. Contra su pecho para que no cesase de latir aquel corazón... porque iba cesando de latir. No sabe usted la angustia que esto da Un ser tan querido y no poder hacer nada Pero, Dios mío: ¿para qué sirve el cariño, la voluntad? Yo estaba loca... no sé cómo me acuerdo de esto... pero me acuerdo como si ahora mismo lo estuviese viendo. Se apagaba, se apagaba el la-

tido; otro, otro y no más ¡se acabó... no, otro; pero cuánto tardan, cuánto Y yo sin saber lo que hacía, por instinto, demente, me aferré á su cuerpo con las dos manos y empecé á moverlo á un lado y á otro, ¡qué se yo, Dios mío, qué se yo! Para que no se parase aquel corazón, para que se moviese, para que no se me quedase quieto entre las manos, porque eso era morir, morir, y yo no quería que muriese: no, moverlo, moverlo, moverlo ¡Ah, Dios mío, Dios mío, Dios mío! (Se deja caer.)

RAIM. ¿Ve usted, General? Basta ya.

GENER. Sí, Raimundo, tienes razón; basta, hija, basta. Perdóname, hice mal, ¡curiosidad de viejo! ¡maldita curiosidad! No cuentes más, no; ya no más... ¿Y entonces fué cuando murió?

ANG. ¡No! Su mano, que vagaba por el espacio como si quisiera asirse á algo, se apoyó sobre mi cabeza y se enredó en mi cabello y luego bajó á mi frente y la manchó de sangre, entonces, no sé, perdí el sentido, no me acuerdo de nada.

PURA ¿Y Gloria?

MERC. Quedó en los brazos de su madre. Los demás que estaban allí me ayudaron á sacar á Angustias... Pero aquella escena fué tan horrible que no se borra de la memoria de esta pobre niña. Angustias...

ANG. ¿Qué?

RAIM. ¿Se siente usted mala?

ANG. No.

PURA ¿Vamos á dar una vuelta por los salones?

ROD. Será lo mejor.

ANG. No

OREL. (¡Pobre Angustias! Estos viejos tienen la imprudencia de los niños.)

RAIM. (Es verdad.)

GENER. ¡Ea! pues ya pasó: ¿Ven ustedes? Todo pasa: no hablemos más de esto.

ANG. No, señor Marqués. Conté lo que usted quiso. Cuénteme usted lo que me prometió.

GENER. ¿Y qué prometí yo, hija mía?

ANG. Prometió usted contarme muchas cosas de su amigo y compañero Miguel de Monterroso. ¡Oh, la promesa... no la perdono... eso sí que no.

GENER. ¡El diablo es esta chiquilla! ¡Ah, ah, ah! ¿Oyen ustedes? Angustias, hija mía... tú debías haber sido ó hija mía ó hija de Miguel... ¿Eh? Digo, me parece... (Todos rien.)

ANG. ¿Pero usted cumple su palabra?

GENER. La cumplo. ¡Ya lo creo! Te voy á contar muchas cosas; pero aquí no; vendrá gente y gente, y no nos dejarán tranquilos. Nos vamos al otro gabinete, ¿verdad? Me la llevo, doña Mercedes. ¿Vamos?

ANG. Cuando usted guste.

GENER. ¿Los dos solos? No... á ver... á ver... aquí había antes una niña muy simpática... ¡Ah, sí, su hija de usted! Pura, ¿cómo se llama?

PURA Inés. Acércate, Inés. El marqués quiere que le acompañes.

INÉS Con mucho gusto

GENER. Bueno; pues las dos. Y los tres nos vamos allá dentro. A la segunda paralela. Deme usted el brazo, Angustias; tengo que apoyarme en tí. Y tú, Inesilla, me das la mano. Ea, en marcha. (Se dirige entre las dos á la puerta izquierda. Raimundo se adelanta para abrir la puerta.) Y ustedes se quedan aquí para recibir á los que lleguen... ó se van allá dentro... ó hacen lo que gusten; yo me llevo lo más florido. Conque, adelante.

ANG Adelante, mi general.

GENER. ¿Llevas miedo?

INÉS No, señor.

GENER. ¿Va usted contenta?

ANG. Mucho. (Salen los tres.)

ESCENA V

DOÑA MERCEDES, PURA, RAIMUNDO, ORELLANA, DON RODRIGO

PURA Este General, ¡cómo tiene la cabeza!

MERC. Buen rato le ha hecho pasar á Angustias.

PURA Sí... es verdad... ¡Pobrecilla! Yo creí que iba á perder el sentido.

ROD. Y la fortuna que estábamos solos... porque si no... ese recuerdo de una gran catástrofe... no hubiera sido oportuno...

PURA Es verdad, se refrescan recuerdos que más bien son para olvidados.

ROD. Y Angustias se dejó llevar demasiado de su carácter.

RAIM. Un carácter muy noble.

ROD. Pero ¿y quién lo duda?

RAIM. Supongo que nadie.

PURA Doña Mercedes, usted también se afectó mucho.

MERC. Ya ve usted. (Turbada y conmovida.)

ROD. Pues vamos á dar una vuelta por los salones.

PURA ¿Vamos?...

MERC. Como ustedes gusten.

ROD. ¿Ustedes no vienen?

RAIM. No, luego iremos.

PURA ¡Qué pálida está usted, doña Mercedes!

ROD. ¿Se siente usted mala?

MERC. Yo... no.. Ya Angustias estaba tranquila... y yo también... Después de todo, no hay motivo...

ROD. Eso pienso yo, que no hay motivo.

PURA ¡Pobre Angustias! ¡Pobre doña Mercedes! (Salen.)

ESCENA VI

RAIMUNDO, ORELLANA

OREL. Está usted inquieto, preocupado...

RAIM. No, eso no. Disgustado, sí. Ya ve usted el mal rato que ese pobre General le hizo pasar á Angustias.

OREL. Al buen señor se le ha desarrollado con los años la nota de la inoportunidad.

RAIM. ¡Qué remedio! Hay que perdonarle.

OREL. Más cuidado me dan los otros.

RAIM. ¿Quiénes?

OREL. Pura y Rodrigo.

RAIM. Tiene usted razón.

OREL. Dentro de diez minutos todo el mundo sabrá en los salones lo que ha pasado aquí. «¡Pobre Angustias! ¡Qué rato me ha hecho pasar!... ¡Cómo ha llorado!... Es natural, vió morir á su tío... ¿No recuerdan ustedes?... Sí, aquel escándalo de hace seis ú ocho años... Como que Angustias y Gloria, por lo visto, eran primas.» Y no pararán hasta que reverdezca la tragedia.

RAIM. Pero eso sería una indignidad.

OREL. Será lo que usted quiera; pero será. Y cuando Angustias salga á los salones, todas las miradas se fijarán en ella, ya lo verá usted.

RAIM. ¡Pero eso será intolerable! A eso habría que poner un correctivo. Al que ofenda á Angustias, si es con la lengua, le arranco la lengua; si es con la mirada, le arranco los ojos; si es con el pensamiento...

OREL. ¿Qué... qué va usted á hacer con el pensamiento?... No, ni la ofenderán, ni hay por qué. Si no será más que curiosidad, pura curiosidad. «Mira, ahí pasa... Pues se parece mucho á Gloria.» No, Raimundo, no. No tendrá usted motivo para incomodarse con nadie.

RAIM. No... no soy yo para vivir en sociedad.

OREL. Ya lo voy viendo. (Pausa.)

RAIM. Y esa historia que refieren... la del escándalo... fué horrible.

OREL. Horrible.

RAIM. Pues todavía no la conozco completa.

OREL. No es muy larga Ese don Miguel, el padre de Gloria... el tío de Angustias.. era un militar heroico, un buen caballero, gran corazón y hombre de honor; pero de carácter violento. Su mujer era hermosísima, como dicen que era Gloria, como es Angustias.

RAIM. Deje usted, por Dios, á la pobre Angustias.

OREL. Bueno, no se enfade conmigo.

RAIM. No me enfado; pero cuente.

OREL. En dos palabras. Don Miguel era celoso, pero sin motivo, porque su esposa era una esposa intachable. Visitaba la casa con intimidad grande un tal Acuña, hombre corrompido, peligroso; era casado y estaba separado de su mujer.

RAIM. (Cada vez más nervioso.) Más de dos palabras lleva usted dichas.

OREL. ¡Qué impaciente está usted! Pues acabo en estilo telegráfico. Calumnias, avisos, anónimos.. El esposo sorprende una noche cierta casa misteriosa... cree encontrar en ella á su mujer... Va ciego, desea matar... pero no... á quien encuentra es á su hija Gloria... á su hija, que cae de rodillas y confiesa, loca de dolor y de vergüenza, su culpa. Hubiera dado muerte á la madre... no tiene valor para matar á la hija. Lo demás ya lo sabe usted. No pude ser más conciso.

RAIM. ¡Oh, qué historia tan triste! (Pausa.)

OREL. Pues esa historia correrá en este momento por los lujosos salones del Marqués.

RAIM. ¿Y tendrán valor Pura y Rodrigo para contar infamias?

OREL. La indignación contra las infamias ajenas es el mejor disimulo de las infamias propias.

RAIM. Me repugna su amistad con doña Mercedes y Angustias.

OREL. (En voz baja.) Ya previne á doña Mercedes...

yo también soy algo chismoso... el contagio, amigo Moncada.

RAIM. No diga usted eso... lo que usted es... es un buen amigo.

OREL. Gracias, Raimundo. Pues por buen amigo y por chismoso, oiga un consejo. (En voz baja) Desconfíe usted de Genaro.

RAIM. ¿Por qué?

OREL. Es mala persona y peligrosa. ¿Ha sido usted cazador? ¿Ha visto usted cómo el ave de rapiña traza círculos en la altura alrededor de su presa... cómo los estrecha, y cómo cae sobre ella?. . Pues Genaro traza círculos alrededor de Angustias ó de sus millones. Y es astuto, y es osado, y es vengativo.

RAIM. Pero, ¿es posible todo eso?

OREL. Es usted un niño. ¡Pobre Raimundo! Mala noche está usted pasando.

RAIM. Tiene usted razón. ¡Pobre Angustias mía, lo que estará sufriendo! Perdone usted, Orellana, con usted no tengo secretos; sí, la quiero... la quiero con toda mi alma... como quieren los que tienen aquí un corazón.

OREL. Calle usted. Viene Angustias.

ESCENA VII

RAIMUNDO, ORELLANA, ANGUSTIAS, INÉS. Angustias entra pálida y vacilante, apoyandose en Inés

RAIM. ¡Angustias! ¡Mi Angustias!. . ¿Le ha atormentado á usted mucho el General?

ANG. No. . ¡Pobre señor... es muy bueno!

INÉS Diga usted que sí, Raimundo. ¡Qué cosas ha contado, qué batallas!... y qué valentías de... ¿de quién, de tu tio, verdad? Yo estaba muerta de miedo. Y descolgó un sable. Yo creí que nos iba á matar... Esta noche le voy á ver en sueños con su sable. Pues usted no se sentía muy bien, ¡qué pálida estaba!...

ANG. Fué el calor... y las porfías del General... y tristezas de antes... Yo quisiera retirarme .. ¿Quiere usted buscar á Mercedes?... Que venga.

OREL. Buena idea, Angustias. (Inés se acerca á Orellana y habla con él. Raimundo se acerca á Angustias.)

RAIM. Angustias... ¿está usted enojada conmigo?

ANG. ¿Con usted, Raimundo?

RAIM. No me ha dicho usted ni una palabra; me parece que me quiere usted menos...

ANG. Por quererle á usted tanto... vamos á sufrir mucho los dos.

RAIM. (¡Pues suframos, qué importa!) Vamos á buscar á doña Mercedes... usted por unos salones... yo por otros... para encontrarla más pronto. (A Orellana.)

OREL. Vamos allá. (Salen Raimundo y Orellana.)

ESCENA VIII

ANGUSTIAS, INÉS

INÉS ¿Se siente usted mejor?

ANG. Sí... gracias... (Parece buena, es simpática.)

INÉS ¡Qué pena me daba y qué miedo cuando el general le decía á usted todo aquello!

ANG. ¡Pobrecilla!... No me hables de usted.

INÉS ¿De tú?... Pues mejor. Lo estaba deseando... Me ha sido usted, digo me has sido muy simpática.

ANG. ¿De veras?

INÉS Pues no. Y apenas nos hemos tratado... nos hemos visto dos ó tres veces... no más. ¡Qué raro! Hay personas á quienes trata una años y años y son antipáticos; por ejemplo... ¡Ay, Dios mío... lo que iba á decir! Y otras personas desde la primera vez que las vemos se nos entran por el corazón.

ANG. Eres muy buena; ¡pobre Inés! ¿Y por qué no te lleva tu madre con más frecuencia á casa?

INÉS No sé... Es que yo tampoco quiero salir; me gusta más quedarme en casa cuidando á papá.

ANG. ¿Le quieres mucho?

INÉS ¡Con toda mi alma! Y él á mí es á quien más quiere en el mundo.

ANG. Y á tu madre... (Sin poder contenerse.)

INÉS ¿Qué?

ANG. Nada... (¡Qué indiscreción la mía!)

INÉS Si... ibas á preguntarme si quiero á mamá.

ANG. Eso... por preguntar algo, ¡ya ves tú, no has de quererla!

INÉS Claro... es mi madre; ¡pero á papá más!

ANG. ¡Qué inocente! Se le figura que le quiere más que á su madre. Pero si la vieses á ella en un peligro muy grande... vamos... (Animándose a pesar suyo.) que peligrase su vida... que un hombre fuera á matarla... entonces tu... á quien más querrías sería á ella, y la cubrirías con tu cuerpo.. Inesita mía, una madre es sagrada; porque Dios quiso que lo fuese, y porque lo grita el corazón, y porque como la sangre que llevamos es de nuestra madre, por todas nuestras venas corre un vocerío que dice: «¡es sagrada, es sagrada, es sagrada!»

INÉS ¡Ay, Angustias... qué cosas dices... cosas que me hacen llorar... me das miedo! Parece que quieres mirarme por dentro del corazón.

ANG. ¿Y á ti qué te importa? Si tú tienes el corazón de una palomita... Dame un beso, Inés... otro... otro...

INÉS Así... así.. así has de mirarme y eso has de decir... Esto es mejor que lo de antes... y así te querré mucho... y cuando tenga penas te las contaré, ¿quieres?

ANG. Sí, Inés, sí, ¡pobrecilla! Todo lo que tú quieras.

ESCENA IX

ANGUSTIAS. INÉS, DON GENARO, DON RODRIGO

ROD. ¿Se siente usted mejor, Angustias?
ANG. Sí, señor; gracias.
ROD. Oye, Inés, el marqués pregunta por tí.
INÉS ¡Ay, Dios mío!
ROD Quiere que le hagas compañía un rato.
GEN. Te ha cobrado mucha afición.
INÉS Pero es el caso que no puedo. Ya ven ustedes, no he de dejar sola á Angustias.
ANG. No .. por mí ..
INÉS (¡Calla por Dios!)
ROD. Genaro se queda con Angustias.
INÉS Si es que yo no sé... de que hablarle á ese señor. (Con repugnancia y miedo.)
ROD. Vamos... es preciso que Inesita sea dócil... vamos... te llama tu madre que está con el Marqués.
ANG. Es preciso, Inés.
INÉS Si es preciso... ¿qué remedio?... Iré... (Para eso mejor estaba en casa.)
ROD. ¿Vamos?
INÉS Bueno. Adiós. En cuanto pueda me escapo.
ANG. Adiós, Inés... sí; ya nos veremos antes de retirarnos
INÉS Adiós; que no te vayas sin verme.
ROD. ¿Quieres darme el brazo?
INÉS No, gracias. (Salen Rodrigo é Inés.)

ESCENA X

ANGUSTIAS, DON GENARO

ANG. Por mí no se moleste usted, Genaro... no se prive usted... Mercedes ha de venir en seguida...
GEN. Si usted me lo permite le acompañaré á usted hasta que venga doña Mercedes.
ANG. Como usted guste.

GEN. Mil gracias, Angustias. Y podremos aprovechar estos breves momentos para hablar...

ANG. ¿De qué?

GEN. Sin embargo, si á usted la fatiga ó la molesta...

ANG. No.

GEN. Solo quisiera preguntarle á usted si le han dicho que hoy estuve en su casa dos veces.

ANG. Sí, y sentí mucho no poder recibirle; pero no estaba buena.

GEN. Deseaba saber si doña Mercedes le dijo á usted... algo que yo indiqué... respetuosamente... y muy temeroso; créame usted, Angustias, porque mi ambición es grande y grande mi osadía.

ANG. Sí, me lo dijo.

GEN. Me basta... el momento no es oportuno para una conferencia de esta clase... ni lo es el sitio; mañana, si usted me lo permite, me pondré á sus pies.

ANG. Es inútil.

GEN. Angustias...

ANG. Puedo contestar á usted ahora mismo.

GEN. Yo no exijo.

ANG. Yo sí. Porque deseo terminar brevemente un asunto que ha de ser penoso para los dos.

GEN. Me parece, que más para mí.

ANG. Lo deploraré. Mi contestación es esta: agradezco mucho su ofrecimiento, le distingo á usted como un buen amigo y deseo conservar su amistad, aunque usted comprende que desde este momento no puede ser tan íntima como ha sido hasta aquí. Pero para unirse á un hombre por siempre, es preciso algo más que la amistad.

GEN. ¿Es inquebrantable su resolución de usted?

ANG. Inquebrantable.

GEN. ¿No me deja usted ni la esperanza?

ANG. No creo haberle dado ninguna.

GEN. ¡Persuade tanto un deseo!...

ANG. Dispense usted, Genaro, he dicho cuanto tenía que decir. Mucho tarda Mercedes, ¿verdad?

GEN. (Procura dominarse, pero una cólera sorda se agita en él.) ¿No cree usted que en esa resolución... por lo precipitada... hay algo que pudiera mortificarme?

ANG. No ha sido esa mi intención.

GEN. He sido un buen amigo. ¡Un amigo leal!

ANG. No lo dudo.

GEN. Y mi ofrecimiento era una prueba, no sólo de afecto honrado, sino también... no encuentro la palabra..

ANG. Y yo ne la puedo adivinar.

GEN. Usted está sola ó casi sola en el mundo, y la proteción de un hombre que en circunscias determinadas hiciera que la sociedad la respetase á usted..

ANG. Ahora sí que le comprendo á usted; pero en lo que usted dice... ¡hay ofensa... hay ofensa...!

GEN. No: ofensa, no; un buen deseo, un afecto honrado, eso sí.

ANG. Más claro.

GEN. ¿Usted lo exige?

ANG. Sí.

GEN. Lo voy á decir, no en son de amenaza, sino como prueba de mi discreción y de mi lealtad y de mi cariño, Angustias.

ANG. Aunque sea como amenaza. Pronto.

GEN. Tengo una hermana en el convento de las Ursulinas de Burdeos. ¿Usted lo conoce?

ANG. ¡Ah!.. ¡lo sospechaba!

GEN. Por ella se que Gloria Monterroso, ni murio, ni tomó el velo. Con doña Mercedes salió del convento hace seis años.

ANG. ¿Y que?

GEN. Que la sociedad rechaza á Gloria...

ANG. Y Gloria rechaza á Genaro.

GEN. ¡Angustias, por última vez!

ANG. Su discreción de usted queda libre de todo compromiso.

GEN. Mi silencio...

ANG. No lo compro.

GEN. ¡Ah! (Sonriendo traidoramente.) Pues lo pagarás. (Se inclina disponiéndose á salir.)

ESCENA XI

ANGUSTIAS, un momento después, GENARO y RAIMUNDO

GEN. Pase usted.

RAIM. Gracias. (Pasa y sale Genaro. Angustias cae en el sofa y se cubre el rostro.) Doña Mercedes vendrá en seguida.

ANG. Se acabó... se acabó todo.

RAIM. ¿Qué tiene usted, Angustias?... Ese hombre, ¿le ha ofendido á usted?

ANG. No.

RAIM. Pues entonces...

ANG. (Levantándose enérgica y casi delirante.) ¡Raimundo! Prometí contestarle á usted hoy...

RAIM. Y va usted...

ANG. Voy á cumplir mi promesa Voy á mostrarle a usted mi alma y mi corazón, para que si usted quiere lo martirice y lo despedace... ¡que sí querrá usted!

RAIM. ¡Me vuelve usted loco, Angustias!

ANG. Pues yo quiero que recobre usted su razón... que me olvide usted... que sea usted feliz; ¡pero sin mí!

RAIM. Todo eso es para decirme que me has engañado, que ayer mentiste, mentiste...

ANG. ¡No mentí! Voy á separarme de tí para siempre, y me separo queriéndote con toda mi alma... Puedo decirlo, porque no lo repetiré ya nunca; contigo se va toda mi felicidad, mi felicidad soñada, la única ilusión de mi vida, el único cariño que no está manchado de sangre ó de lágrimas, el único pedazo de cielo á que Dios ha permitido que me asome. ¡Quieres más! ¡Puedo decirte más! ¡No te basta! Pues con esto, ¿todo se acabó?

RAIM. De todo eso comprendo una cosa: que me quieres, y eso sí que me basta. Y no me separo de ti.

ANG. ¿Y si tú me rechazas?

RAIM. ¿Yo? Prueba.

ANG. Probaré.

RAIM. ¿A ver cómo?

ANG. Con sólo cumplir un deber.

RAIM. ¿Cuál?

ANG. El de no engañarte.

RAIM. ¿Engañar tú?

ANG. Digo que no... y quién sabe. (Con desesperación.)

RAIM. Mira, me parece que los dos vamos perdiendo la razón.

ANG. Yo no; veo lo que debo hacer con claridad horrible. No quisiera verlo. Pero, ¡ay, Dios mío! Ha puesto Dios tanta luz en la conciencia, que no hay modo de no ver.

RAIM. Pero, acaba, acaba.

ANG. Oye. Ese hombre que ha salido... ese miserable...

RAIM. ¿Genaro?

ANG Sí. ¿Sabes lo que hará ahora mismo?

RAIM. ¿Qué?

ANG. Cruzar los salones y murmurar una palabra al oído de todos sus amigos.

RAIM. ¿Qué palabra?

ANG. Una que yo también te voy á decir al oído. (Se acerca mucho.) Oye, Raimundo, no puedo ser tu esposa; porque no quiero... no quiero que compartas mi deshonra, mi deshonra ante el mundo.

RAIM. ¡Angustias!

ANG. Ese nombre es muy dulce para ti, ¿no es verdad?

RAIM. ¡Angustias! (Con supremo dolor.)

ANG. ¡Pues abandónalo! ¡No lo pronuncies más! ¡Ese nombre es mentira! Imita á Genaro... di como él... él no dice Angustias.

RAIM. ¿Qué dice?

ANG. (Al oído casi.) Dice .. Gloria...

RAIM. ¡Ah, mentira .. mentira... no es cierto... no .. mientes, Angustias! ¡Mientes! ¡Eres Angustias. . Angustias. . Angustias!

ANG. Huyes de mí... Lo sabía.

ESCENA XII

RAIMUNDO, ANGUSTIAS, GENARO y ORELLANA entran por la puerta de la derecha y la dejan abierta

GEN. Dispénseme usted, Angustias... doña Mercedes ha salido ya... le espera á usted... Para evitar la confusión de los salones, conviene que salga usted por la escalera interior. (Abriendo una puerta lateral.) Repito lo que acaba de decirme el Marqués.

RAIM. ¡Ah! (Si mereces la muerte, te mataré yo; pero humillarte.. nadie.) ¡Cójase usted de mi brazo, Angustias!

ANG. Raimundo...

RAIM. Basta... no sé nada... no quiero saber nada... ni una palabra. ¿Qué? (Descompuesto y violentísimo.) ¿Que aguardan su presa?... ¡Yo se la llevaré! Miradas... sonrisas... desdenes... venga todo. ¡A eso voy, á recogerlo y á pisotearlo! Abra usted esa puerta... (A Genaro.) Angustias va á salir... ¡Abra usted la puerta!

GEN. Pero, ¿á qué van ustedes?

RAIM. A pasear por los salones. ¡Los dos!... ¡Los dos!...

GEN. ¿Para qué?

RAIM. Ella para que admiren su hermosura y para que se acostumbren á respetarla. Y yo para hacerla respetar... y si es preciso para abofetear miserables .. ¡miserables como usted!... (Genaro hace un movimiento para arrojarse sobre Raimundo: Orellana le detiene.) ¡Vamos!

ANG. ¡Raimundo! (Genaro habrá abierto ya la puerta del centro: así quedan abiertas las tres y se ve el segundo salón lleno de luz, de damas y caballeros, y por entre todos se meten Angustias y Raimundo.)

TELON

ACTO TERCERO

Gabinete muy elegante en casa de Angustias. Dos retratos: uno de un militar, otro, en frente, de una señora todavía joven y hermosa. Es de día.

ESCENA PRIMERA

DOÑA MERCEDES, CRIADO; después ORELLANA

MERC. ¡Qué noche, qué escándalo, qué vergüenza! ¿Quién había de imaginarlo? Todo, todo se conjuró contra esa pobre criatura. Yo pensaba que ya se había olvidado aquella lastimosa historia. En Madrid, que todo se olvida. Pues no. La sociedad recuerda y confirma su sentencia; «¡fuera la impura, fuera la parricida!» ¡Ay, Dios mío, qué pena!

CRIADO El señor de Orellana desea ver á la señora.

MERC. ¡Ah! sí, que pase; hágale usted pasar en seguida. (El Criado sale.) Este es un buen amigo y nos traerá noticias de Raimundo. ¡Orellana! (Saliendo al encuentro á Orellana, que entra.)

OREL. ¡Doña Mercedes!

MERC. ¡Cuánto le agradezco á usted que venga! Es usted un amigo leal. Siéntese, siéntese á mi lado.

OREL: ¿Y la pobre Angustias? Para mí siempre será Angustias. La desdichada Gloria, aquella, murió.

MERC. Porque es usted muy bueno, porque tiene usted mucho corazón.

OREL. Yo soy como soy: acaso menos malo que los demás. Pero ¿cómo está Angustias?

MERC. Pues no lo sé; pero presumo que ha de estar muy acongojada.

OREL. ¿Y cómo no lo sabe usted?

MERC. Si casi no la he visto. Llegamos anoche y entramos aquí sin atreverme á darle ningún consuelo y sin pronunciar ella una palabra. Entró y se quedó delante del retrato de su padre, aquel; y en pie, inmóvil como una estátua, le estuvo mirando. Después se fué á ese otro, el de su madre, y lo mismo, y entonces empezó á llorar, pero en silencio; le caían dos hilos de lágrimas... ¡pobrecilla! Créame usted: á pesar de todo es muy buena. Al fin, siempre en pie, se acercó al retrato, apoyó la frente en el marco y así quedó.

OREL. ¡Pobre Angustias!

MERC. Sí, señor, sí. Muy desgraciada. Yo me acerqué á ella y la abracé, se volvió, me abrazó, me besó mucho, y antes de que yo pudiera decirle nada se fué á su cuarto y se encerró por dentro. En toda la noche no ha dormido. (Doña Mercedes se conmueve y llora.)

OREL. Vamos, doña Mercedes, calma y buen ánimo.

MERC. ¿Y usted cree que Raimundo sentirá mucho enojo por mi pobre niña?

OREL. Eso sí que no lo sé. Pero que la quiere como un loco, eso no lo dude usted. (Sonriendo.)

MERC. Pues entéreme usted, cuénteme usted lo que pasó en salones, porque yo no estaba en mí y me quedé esperando á Angustias en el coche... de modo que no me enteré de nada.

OREL. Aparentemente nada ocurrió: la superficie tranquila; pero ¡qué mar de fondo! Horrible. Raimundo se llevó del brazo á Angustias por todos los salones, provocando con la mirada á todo el mundo; tenía cara de demente. Más parecía arrastrar consigo un cadáver que llevar á una dama del brazo. Angustias daba miedo. Me figuré que Gloria había muerto de veras y que la habían desenterra-

do para pasearla por el mundo en castigo de su culpa. ¡Oh, qué martirio! ¡Pobre criatura!

MERC. ¿Y al fin?

OREL. Al fin me acerqué á ellos, fuí el único, y le dije á Raimundo en voz baja: Va usted á matarla; va á caer sin sentido. Tenga usted juicio. Eso no es imponerla ni hacerla respetar. Eso es clavarla en una picota ó arrastrarla por la cuesta de un calvario. Y entonces fué cuando salimos: me cedió á Angustias, sin decir una palabra y yo la llevé al coche con usted.

MERC. ¿Y no ocurrió más?

OREL. Sí. Oiga usted, Mercedes; usted tiene mucha prudencia, y á usted se le puede decir todo.

MERC. Sí... ¿qué ocurre?

OREL. Raimundo tiene concertados (En voz baja, mirando á todas partes.) nada menos que dos desafíos, los dos á espada francesa.

MERC. ¡Ay, Dios mío, otra desgracia!

OREL. No le diga usted ni una palabra á Angustias, porque la pobre no necesita más para morirse de pena. En un duelo, y por ella, perdió á su padre.

MERC. ¡No!... ¡Jesús! Ni una palabra; pero acabe usted.

OREL. Un duelo con Genaro, á quien Raimundo insultó brutalmente; es decir, con mucha razón, pero en forma violenta.

MERC. Lo presumía. ¿Y el otro?

OREL. Un nieto del General. Un jovencito de veintitrés á veinticuatro años; le dijo á Raimundo no sé qué impertinencia, y Raimundo le llamó *muñeco*. Ahí tiene usted.

MERC. ¡Dos desafíos!

OREL. El duelo con Alfredo no me inspira cuidado. Es realmente un muñeco, y Raimundo tira admirablemente. Pero Genaro... Genaro es un gran espadachín... de primer orden... y es un malvado.

MERC. ¿Pero no hay modo de evitar esos lances?

OREL. Ninguno. ¡No sabe usted cómo está!

MERC. ¡Pobre Raimundo!

OREL. Y ahora á lo que vengo. Se hace tarde, y tengo que ir al hotel próximo de Pepe Altuna, donde me esperan los otros padrinos, y en cuyo jardín han de verificarse los dos desafíos. Conque, oiga usted, doña Mercedes. (Con misterio.) Raimundo quiere hablar con Angustias. ¿Querrá ella?

MERC. No sé.

OREL. ¿Y usted?

MERC. Con franqueza, Orellana... ea... yo, sí.

OREL. ¿De modo que puede venir Raimundo?

MERC. Cuando guste. Y yo procuraré que Angustias le reciba.

OREL. Pues entonces hasta luego.

MERC. Dios nos saque con bien.

OREL. Así sea. Voy á buscar á Raimundo.

ESCENA II

MERCEDES, ANGUSTIAS. Su actitud será la que juzgue oportuna la actriz, dado el carácter del personaje

MERC. Gracias á Dios que te veo. ¿Cómo te sientes?

ANG. Bien. No pase usted penas por mí. Yo no soy digna...

MERC. No digas eso: tú eres la criatura más buena que existe.

ANG. ¿No me guarda usted rencor?

MERC. ¿Por qué, hija mía?

ANG. Por mí... por Angustias... (Al oído.) por Gloria... le han arrojado á usted anoche de una casa de personas honradas.... por ir conmigo.

MERC. Calla, no digas eso.

ANG. Y es natural y es justo...

MERC. Vamos, que no puedo oirte.

ANG. ¿Manché ó no mi nombre cuando casi era una niña? Dígalo usted. (Al oído.)

MERC. Por eso, porque eras casi una niña: fué la fatalidad... una fascinación... nada... que eras demasiado inocente.

ANG. (La contempla con sonrisa triste.) ¡Cómo buscas disculpas! ¡Pobre tiita mía! ¡Qué buena! ¡Si no hay disculpas! ¡Si no las hay! Responde, padre mío. ¿No fuí yo la causa de tu muerte? Y si no, dilo tú, madre mía, dilo tú. Si no soy culpable, decidlo vosotros, que ahora lo sabéis. ¡Decidlo, decidlo!... Porque yo no puedo defenderme... ¡no podré, no podré, madre mía! (Apoya la cabeza contra el marco del retrato de su madre, y queda en pie y llorando.)

MERC. (Abrazándola y llorando.) ¡Angustias, Angustias, por Dios, hija mía!

ANG. No llore usted, vamos, no llore usted. (Secándole las lágrimas.)

MERC. Pues no llores tú.

ANG. Pues no lloraré.

MERC. ¿Y qué hacemos? (Se sientan las dos cogidas cariñosamente.)

ANG. Pues nos iremos á viajar... á viajar otra vez. ¡Qué remedio! Aquí no nos quieren.

MERC. Aquí no hay más que hipócritas y gente de mal corazón.

ANG. No, eso no. ¡Qué saben ellos! ¿Leen en mi corazón?... ¿Lee usted acaso?

MERC. Ya lo creo que estoy leyendo.

ANG. ¿Y qué dice?

MERC. Que tienes mucha pena.

ANG. Sí.., eso está escrito con letras tan grandes... tan grandes y tan negras... que no tiene nada de particular que usted lo lea. Eso lo lee todo el mundo. ¿Y qué más?

MERC. Que estás muy arrepentida.

ANG. (Levantándose con fiereza.) No... eso no lo dice... lee usted mal.

MERC. ¡Angustias!

ANG. ¡Perdón... perdón, tiita mía, madre mía! ¡porque la quiero á usted como á una madre!

MER. Lo mejor es que salgamos pronto de Madrid. (Pausa.)

ANG. ¿Con quién hablaba usted antes? ¿Quién vino?

MER. Orellana.

ANG. Es uno de los pocos que no me muestran desvío, que no me miran con desprecio.

MER. Es un caballero.

ANG. ¿A qué vino?

MER. A preguntarme...

ANG. ¿Qué?

MER. Si querrías ver á Raimundo.

ANG. (Sin poder contenerse.) Sí... No, imposible, ¿para qué? ¡Raimundo me desprecia; me odia!... No quiero verle. Tendría que bajar los ojos ante él, y yo no bajo los ojos ante nadie. ¿Ve usted aquel retrato? Es el de mi madre. Pues ni ante ella bajo yo los ojos. Se me llenarán de lágrimas, eso sí; pero bajarlos, no.

MER. Así me gusta. Me alegro que estés tan animosa. ¿Pero vendrá Raimundo? ¿Qué decides?

ANG. Que venga. Sea lo que Dios quiera. Que venga.

MER. Ahora mismo...

ESCENA III

DICHAS y CRIADO

CRIADO El señor de Moncada.

MER. Que pase.

ANG. Ya está hecho... es la última vez... dos palabras no más. El: «¡La odio á usted y la desprecio!» Yo: «Hace usted bien... Adiós.» «Adiós.» Se acabó, se acabó el idilio.

MER. El es muy bueno, muy noble.

ANG. Porque es bueno debe huir de mí.

MER. El que es bueno de veras, tiende su mano al desdichado

ANG. Su mano, sí; su honra, no. Limosna.... limosna... y yo no las admito.

MER. ¡Angustias! ¡hija mía!...

ANG. ¡Calle usted!... Ya está ahí. Por favor, déjeme usted sola cinco minutos. Es la última vez que le veo.

MER. Como tú quieras. (Vase.)

ANG. Dios mío, inspírame... y sostenme... y dame valor para consumar el sacrificio... Dios mío... Porque era mi madre y porque tú lo mandas. . obedecí. Dios mío, dáme fuerzas... esta pobre mujer no las tiene. (Entra Raimundo; pausa. Él se detiene; ella, en pie ó como crea la actriz; se miran fijamente.)

ESCENA IV

ANGUSTIAS y RAIMUNDO

ANG. Quiso usted verme.

RAIM. Sí. Y tú también quisiste verme.

ANG. Usted, ¿para qué?

RAIM. No lo sé; para verte. Y tú, ¿para qué?

ANG. No lo sé tampoco. Para verte también... (Otra pausa. Se acerca más Raimundo.)

RAIM. ¡Era por algo más!... Para verte, era inútil; toda la noche te he estado viendo. Así como en sueños...

ANG. Yo, no... yo, despierta.

RAIM. Pero, ¿tú que sabes? Ahora mismo, ¿estamos despiertos los dos? Yo no lo sé: ó es que sueño ó es que me voy á volver loco. Deja que toque tu mano. (Cogiéndola la mano.) Está fría. Deja que mire tus ojos... Están enrojecidos... pero, ¡cuánta ternura hay en ellos!... Deja que te mire... ¡qué hermosa! ¡Más hermosa que cuando eras buena!... Angustias... ¡quedémonos así! Yo, mirándote; mirándome tú... sin acordarnos de nada... todo mentira, todo un sueño... El mundo ha desaparecido... no hay nadie.. nadie que ría; nadie que mienta, nadie que afrente... ya no hay más que mi Angustias... sus ojos que miran... sus labios que tiemblan... dos corazones que se oyen latir... y los dos así... siempre... siempre... siempre.

ANG. ¡Raimundo!

RAIM. ¡Calla! (Soltándola y alejándose.) ¡Tu voz no! ¡No quiero oirla! Fué la que me dijo: «Te he en-

gañado: Angustias no existe; soy una criatura infame.» Tu voz, no.

ANG. No; engañarte, no. Yo no engaño. Dije «que te quería», y te quiero y te querré. Dije que no podía ser tu esposa, y dije verdad; y esto no es engañar.

RAIM. Si... engañaste... engañaste...

ANG. ¿Yo?

RAIM. ¡Tú!

ANG. ¡Cómo!.¡A ver cómo!. . ¿A que no lo dices?

RAIM. ¿Eres Angustias, mi Angustias? No. ¿Y dijiste que eras Angustias? Sí. Pues engaño fué. Porque Angustias era divina, era mi ilusión soñada, era un pedazo de mi alma. Y tú no eras nada de esto; eres la mujer impura, el desecho de otro hombre, el escarnio de una sociedad entera, la parricida... eres lo que eres; ¡pero no eres Angustias! ¡Con que mira si has engañado y has mentido! ¡Niégalo!... ¡Niégalo! (Ha ido avanzando sobre Angustias frenético, ella retrocede.)

ANG. No lo niego. No me defiendo; ¡si no quiero defenderme!... ¡Si no puedo!...

RAIM. ¡Angustias!

ANG. No; si estamos conformes. Si soy todo lo que tú has dicho: mujer impura, escarnio de la sociedad; más, más, digiste más; ¡ah, sí, sí! Parricida, también parricida Todo, todo; pero todo eso te lo dije yo, conque no te engañé.

RAIM. Me has engañado, porque me robaste el alma.

ANG. ¿Por qué me la diste?

RAIM. No lo sé.

ANG. Pues te la devuelvo.

RAIM. ¡Hipócrita: no mientas otra vez, que no me la devuelves, que no la encuentro en mí!

ANG. Pues haré lo posible. Mira, Raimundo; debes odiarme, debes huir, debes olvidarme.

RAIM. ¡Ojalá; pero no puedo!

ANG. Yo te ayudaré, Raimundo mío. Porque es preciso, porque no puedes ser feliz si no me olvidas.

RAIM. (Con desesperación.) ¡Si no puedo!

ANG. Mira, yo soy tan mala, que en ser todo eso que has dicho fundo mi orgullo; todo eso que dicen y que dices tú lo siento aquí como aureola de luz. Mira tú si mi alma será satánica. Por nada ni por nadie renunciaría á ese sello infamante que me han puesto; ¡sólo por tí! y tampoco por tí, tampoco por tí, Raimundo mío.

RAIM. ¡No te comprendo!

ANG. No; si no tiene nada que comprender. Es para que tú te asomes á las negruras de mi alma, y para que espantado huyas de mí, y para que seas dichoso. Porque yo, aunque soy tan mala, te quiero, te quiero mucho. ¡No lo sabes tú! ¡No lo sabes! ¡Ni lo comprendes! ¡Ni... ni puedes comprenderlo!

RAIM. Y si no fuese verdad nada de eso, ¿qué dices? ¿Y si fueses buena? ¿Y si fueses como yo te he soñado? ¿Y si fueses verdaderamente Angustias?

ANG. ¡Qué idea! ¡Buena yo, buena! ¡Con todo ese pasado repugnante y horrible que tú sabes y que yo no niego y que es público!

RAIM. ¿Por qué tienes tanto interés en probarme que eres mala?

ANG. Y si lo oculto, dices que soy engañosa, hipócrita... todo eso que me has arrojado al rostro sin piedad.

RAIM. Pero es que todo reo alega algo en su defensa, y tú no. ¡Esto es extraño, muy extraño!

ANG. ¡Si es que no tengo defensa; si no la tengo!

RAIM. Pues finge disculpas siquiera para consolarme. Ya que eres tan mala, ¡finge, finge!

ANG. No sé fingir.

RAIM. Busca algo para disculparte.

ANG. No encontrarás nada.

RAIM. Explica las circunstancias, los sucesos, que hicieron de tí, lo que fuiste.

ANG. No sé... que el mal fué más fuerte que yo.

RAIM. Mentira, no eres débil, eres fuerte; ahora mismo veo en tus ojos una energía infinita. En tu voz hay notas de terquedad.

ANG. Ahora seré fuerte; pero antes fuí débil.
RAIM. Pues eso .. dí que eras muy niña...
ANG. ¿Y eso de qué me serviría ante tí?
RAIM. Quizá serviría para que te perdonase.
ANG. Yo no quiero tu perdón.
RAIM. Pues me servirá á mí de consuelo.
ANG. Yo no quiero que tengas ese consuelo.
RAIM. Dí algo. Dí algo.
ANG. Lo he dicho todo.
RAIM. Dame una esperanza.
ANG. Si no la tengo, ¿cómo he de dártela?
RAIM. ¿Quieres que muera desesperado?
ANG. Eso, no.
RAIM. Pues, mira, es que no quiero vivir así.
ANG. Ni yo tampoco. (Han ido creciendo en pasión los dos, y ya están en el delirio.)
RAIM. Júrame por la *memoria de tus padres* que no tienes nada que borre, que limpie ó atenúe ese pasado tuyo que nos abruma. Júralo, júralo.
ANG. Raimundo, ¡qué terquedad la tuya!
RAIM. ¿Por qué no juras?
ANG. Porque no puedo.
RAIM. ¿Entonces me ocultas algo?
ANG. No.
RAIM. ¿Vacilas?
ANG. Es que me faltan las fuerzas, ten compasión. No puedo más.
RAIM. ¿Pero no juras, no juras? ¿Tienes un secreto?
ANG. No, no.
RAIM. Sí.
ANG. Es inútil que te aferres á esa esperanza.
RAIM. (Cogiéndola en sus brazos y mirándola.) ¡Angustias, Angustias! un hombre que te quiere como yo ¡merece algo! Por tí lo doy todo, hasta la honra; soy capaz de robar la mitad de tu afrenta para mí; soy capaz de darte mi nombre para que nos desprecien juntos. Sufrir por tí. Llorar por tí. Y tú no eres capaz de hacer nada por Raimundo. ¡Angustias, Angustias! ser infame ó ser sublime, verdugo ó martir ó lo que seas, dobla tu terquedad

de acero y ten para mí una vez siquiera entrañas de mujer. (Pausa. Se miran, se devoran con los ojos.)

ANG. ¡Sí, tengo un secreto! (Con resolución desesperada.)

RAIM. ¡Ah!

ANG. ¡Sí, soy digna de tí!

RAIM. ¡Sigue!

ANG. ¡Ante Dios podría ser tu esposa, y él querría que lo fuese! (Con supremo orgullo.)

RAIM. Entonces...

ANG. ¡Nunca lo seré!

RAIM. Quiero saber tu secreto.

ANG. Nunca lo sabrás.

RAIM. ¡Nunca!

ANG. Sí... lo sabrás.

RAIM. ¿Cuándo?

ANG. Oye, Raimundo... ahora vamos á separarnos para siempre. Es inútil que luches más... para siempre, y cuando sepas que estoy en la agonía ven á mí. Y al oído... con el último aliento .. como si fueses mi confesor, te lo diré todo. (En este momento el reloj da las dos. Raimundo se detiene, recuerda que es la hora del desafío.)

RAIM. (La hora, me esperan.) ¿Y si muero yo antes?

ANG. Cuando te sientas morir... llámame.

RAIM. ¿Y me lo dirás todo?

ANG. Lo juro otra vez.

RAIM. Sea. Adiós.

ANG. (Con sorpresa,) ¿Te vas?

RAIM. Sí.

ANG. ¿A qué?

RAIM. A esperar esa hora que dices.

ANG. Como quieras... esperemos.

RAIM. Adiós, Angustias... (Se va hacia el fondo; ella le sigue.)

ANG. ¡No dices nada!

RAIM. ¡Sí... dame un beso! (La besa en la frente.) ¡Adiós!... Angustias... Adiós! (Sale.)

ANG. ¡Adiós, Raimundo! (Queda en pie apoyada en el quicio de la puerta y llorando. Después va al balcón y mira por él un rato.)

ESCENA V

ANGUSTIAS

¿Adónde voy? No lo sé... Siento el vacío alrededor y el vacío dentro de mí. Debo sufrir mucho; y, sin embargo. yo no sé si sufro. Un dolor muy grande, inmenso; pero que está quieto, como si quisiera darme descanso. De cuando en cuando pasa una idea... no; un nombre... Raimundo. ¡Cuánto nos hemos atormentado... qué cosas tan crueles nos hemos dicho!... y ahora casi en calma. (Dice todo esto, andando maquinalmente, deteniéndose, volviendo á dar unos pasos.) En calma, no. Lo que hay es que el pensamiento huye... se desvanece... y no puedo cogerlo... Mejor, más vale así... Debe ser cansancio... cansancio del alma... y cansancio de la vida. (Se oprime la cabeza.) Es extraño... muy extraño... Raimundo hace poco decía cosas tan horribles, tan crueles, pero tan apasionadas, tan hermosas, ¡parecía que me quería mucho!... y de pronto... sonó aquel reloj... y se detuvo... y se le apagó la pasión... y se despidió fríamente... sí, fríamente... ¡Y se iba para siempre, y le había dicho yo *para siempre!* ¡No lo comprendo... Digo que no lo comprendo... nada... nada... inexplicable. (Se pasea con agitación, pausa y silencio.) ¡Y luego yo... por verle... por verle un poco más... unos instantes más, (Con acento angustioso.) me asomé al balcón... y le ví, *iba muy de prisa!* ¡Pues no pensaba ese desdichado que cuanto más aprisa iba... más y más pronto se separaba de mí! ¡Ah, miseria humana!... ¡Y me acababa de perder para siempre! ¡Todo lo demás lo sufriré... esto no lo sufro... no... no lo sufro... *¡Ir de prisa... de prisa... de prisa!* (Riendo con risa desgarradora é imitando ella la prisa conque iba Raimundo.) Si yo

creo que entró en el hotel próximo... le esperaban... sin duda le esperaban y sonó la hora y pensó: hasta aquí la pasión, hasta aquí Angustias; ahora los asuntos formales... ¡Miserable, que no tiene corazón! ¡Pues voy á saberlo! (Se arroja frenética sobre el timbre y la toca varias veces.) Aquí... aquí... pronto... aquí...

ESCENA VI

ANGUSTIAS y JULIA

JULIA Señorita...

ANG. La ví á usted venir... y se cruzó usted con el señorito Raimundo... Usted volvió la cabeza... ¿Le vió usted entrar en ese hotel próximo?

JULIA No, señorita.

ANG. ¿No?

JULIA Le aseguro á usted que no. Pero es muy posible que entrara, porque han entrado otros caballeros.

ANG. ¿Otros?

JULIA Sí, señorita. Don Genaro... y el señor Orellana y otros.

ANG. ¿Para qué?

JULIA No sé; pero no será para nada bueno.

ANG. ¿Qué dice usted?

JULIA Digo... lo que dice la servidumbre... para que lo averiguase me mandó antes doña Mercedes.

ANG. ¿Le mandó á usted?... ¿Pero qué teme? Acabe usted.

JULIA Me han dicho abajo que van á batirse.

ANG. ¿Quiénes... quiénes?

JULIA Pues el señorito Raimundo.

ANG. ¡Ah, Jesús! (Se dirige vacilante al fondo.)

JULIA ¿A dónde va usted, señorita?

ANG. Allá... á buscarle... á que no le maten.

ESCENA VII

ANGUSTIAS, JULIA, ORELLANA, después RAIMUNDO, sostenido por dos caballeros, pálido, descompuesto

OREL. ¡Angustias!
ANG. ¿Vive?
OREL. Sí... Le traen...
ANG. ¿Herido?
OREL. Dió una estocada á Genaro... y luego se arrojó sobre Alfredo... y él mismo se clavó el hierro.
ANG. ¡Raimundo!
RAIM. Basta. Dejadme. ¡Ella! ¡Ella!
ANG. Sí; yo.
RAIM. Salid. Salid todos. Lo mando.
ANG. Sí; salid.
RAIM. Salid, ó hago pedazos el vendaje.
OREL. Hay que obedecerle. (Mutis.)

ESCENA VIII

ANGUSTIAS y RAIMUNDO

RAIM. ¡Así... fuera... lejos!... Ahora los dos. Me estorbaba la vida. ¡Pronto... la verdad!... ¿Sabes á lo que vengo?
ANG. Sí.
RAIM. Voy á morir... cumple tu promesa.
ANG. ¡La cumpliré! ¡Escucha! Aquella... no quiero nombrarla...
RAIM. Sí.
ANG. Tuvo un amante.
RAIM. ¡Ah!
ANG. Mi padre lo supo... fué á sorprenderlos...
RAIM. ¿Y tú?
ANG. También lo supe... no te importe cómo.
RAIM. No, acaba.
ANG. Corrí... llegué... hice esconder á mi madre...

me quedé yo... me deshonré yo... fué por ella... ¿Hice bien?

RAIM. ¡Ah! ¡Eres mi Angustias... mía.. mía! (La abraza frenético.)

ANG. ¡Que nadie lo sepa!

RAIM. No... te guardaré el secreto, mi Angustias. (Cae muerto.)

ANG. (Grito horrible.) ¡Raimundo! ¡Raimundo! ¡Raimundo!... (Contemplándole con ademán trágico.) ¡No... no!... ¡Aunque le pregunten no contestará... silencio... silencio de muerte!

TELON

OBRAS DE D. JOSE ECHEGARAY

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.

La esposa del vengador, drama en tres actos, original y en verso.

La última noche, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.

En el puño de la espada, drama trágico en tres actos, original y en verso.

Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto, original y en verso.

Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía.)

El gladiador de Rávena, tragedia en un acto y en verso. (Imitación.)

O locura ó santidad, drama en tres actos, original y en prosa.

Iris de paz, comedia en un acto, original y en verso.

Para tal culpa tal pena, drama en dos actos, original y en verso.

Lo que no puede decirse, drama en tres actos, original y en prosa. (Segunda parte de la trilogía.)

En el pilar y en la cruz, drama en tres actos, original y en verso.

Correr en pos de un ideal, comedia original, en tres actos y en verso.

Algunas veces aquí, drama en tres actos y en prosa.

Morir por no despertar, leyenda dramática original, en un acto y en verso.

En el seno de la muerte, leyenda trágica original, en tres actos y en verso.

Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo XVI, original, en un acto y en verso.

Mar sin orillas, drama original, en tres actos y en verso.

La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.

El gran Galeoto, drama original, en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.

Haroldo el Normando, leyenda trágica original, en tres actos y en verso.

Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía.)

Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.

Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.

Piensa mal... ¿y acertarás? casi proverbio en tres actos y en verso.

La peste de Otranto, drama original, en tres actos y en verso

Vida alegre y muerte triste, drama original, en tres actos y en verso.

El bandido Lisandro, estudio dramático en tres cuadros y en prosa.

De mala raza, drama en tres actos y en prosa.

Dos fanatismos, drama en tres actos y en prosa.

El conde Lotario, drama en un acto y en verso.

La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.

El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.

Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.

Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.

Los rígidos, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo exposición en prosa.

Siempre en ridículo, drama en tres actos y en prosa.

El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.

Irene de Otranto, ópera en tres actos y en verso.

Un crítico incipiente, capricho cómico, en tres actos y en prosa.

Comedia sin desenlace, estudio cómico-político, en tres actos y en prosa.

El hijo de Don Juan, drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere.*

Sic vos non vobis ó la última limosna, comedia rústica original, en tres actos y en prosa.

Mariana, drama original, en tres actos y un epílogo, en prosa.

El poder de la impotencia, drama en tres actos y en prosa.

A la orilla del mar, comedia en tres actos y un epílogo, en prosa.

La rencorosa, comedia en tres actos y en prosa.

María-Rosa, drama trágico, de costumbres populares, en tres actos y en prosa. (Traducción.)

Mancha que limpia, drama trágico, en cuatro actos y en prosa.

El primer acto de un drama, cuadro dramático, en verso.

El estigma, drama en tres actos y en prosa.

La cantante callejera, apropósito lírico en un cuadro y en prosa.

Amor salvaje, bosquejo dramático, en tres actos, original y en prosa.

Semíramis ó la hija del aire, (refundición) Drama en tres jornadas y en verso.

Tierra baja, drama en tres actos y en prosa. (Traducción.)

La calumnia por castigo, drama en prosa, en tres actos y un prólogo.

La duda, drama original, en tres actos y en prosa.

El hombre negro, drama original, en tres actos y en prosa.

Silencio de muerte, drama original, en tres actos y en prosa.

Author Echegaray, José

Title Silencio de muerte, drama en tres actos y en prosa.

DATE. NAME OF BORROWER.

E184s

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU